

DE TRÁS
DE CADA
PUERTA

JAIME FERNÁNDEZ GARRIDO

Editorial CLIE
www.clie.es



EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: clie@clie.es
<http://www.clie.es>



© 2022 por Jaime Fernández Garrido

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447)».

© 2022 por Editorial CLIE. Todos los derechos reservados.

DETRÁS DE CADA PUERTA

ISBN: 978-84-19055-04-0
Depósito Legal: B 4565-2022
Teología cristiana
Apologética
Referencia: 225190

Impreso en España/ Printed in Spain

Acerca del autor

Jaime Fernández Garrido es Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación por la Universidad Complutense de Madrid (España) y Diplomado en Teología.

Conferenciante internacional en Congresos, Universidades y Escuelas. Ha formado parte como Capellán evangélico en cuatro ediciones de los Juegos Olímpicos.

Director del programa de radio y televisión de Galicia (España) “Nacer de novo”. Presidente de la Asociación Mundial de Orfanatos (Amor). Profesor de Piano y compositor musical miembro de la Sociedad de Autores desde el año 1980.

Autor de una treintena de libros, entre ellos: *Compasión, Cambia de ritmo, Cara a cara, Héroes desconocidos de la Biblia, Corazón indestructible, Atrévete a vivir, 30 pasos hacia la amistad.*

Casado con Miriam, tienen tres hijas: Iami, Kenia y Mel.

«*Detrás de cada puerta* es una excelente obra apologética que seguramente ayudará a muchos a encontrar respuestas lógicas a dudas e inquietudes propias o ajenas. A mí personalmente me ha ayudado y he encontrado matices o enfoques en los que no había reparado. Estamos ante un libro que no deja indiferente y frente al que hay que posicionarse ya que plantea un diálogo personal con el lector y le demanda una respuesta. Es una obra que debería estar hoy en la estantería de todo creyente que quiera defender su fe con argumentos sólidos. Me parece un trabajo encomiable que viene a enriquecer el panorama apologético del mundo cristiano de habla hispana».

Antonio Cruz Suárez

Doctor en Biología, catedrático de la
Universidad de Barcelona

«Profundo, crítico, iluminador. Buenas noticias para los que buscan la verdad. En este libro Jaime Fernández nos lleva en una docta travesía desde la aplastante necesidad científica de un Diseñador, dada la complejidad física del universo, hasta el clímax de la revelación histórica de ese Creador en la persona de Jesucristo, tocando por el camino retazos del carácter de Dios y respondiendo a los argumentos habituales que agnósticos y ateos presentan a *Su existencia* o *Su plan para la humanidad*. La apologética cristiana ya tiene otra obra de peso».

Antonio Martínez

Doctor en Medicina

«¿Por qué nos empeñamos en pensar que Dios y ciencia son incompatibles? Durante mi carrera he tenido que enfrentarme a ese reto con frecuencia, una lucha constante por explicar que cada una de las disciplinas científicas son compatibles con un maravilloso Dios creador. ¡Ojalá hubiera tenido antes este libro! una herramienta genial para hacer que quienes me rodean abran la mente a la existencia de Dios, y quizá el corazón. Nunca pensé que en «pocas páginas» pudiésemos realmente asomarnos tras cada puerta posible».

Laura Cáceres Sabater

Licenciada en Biología, fundadora de
"Draco Soluciones Ambientales"

«Si tuviese que describir este libro lo haría recordando el maravilloso sonido del latido cardíaco. Lo escuchamos a través del fonendoscopio, podemos incluso sentirlo a través de la piel palpando al paciente –y eso lo hacemos a pesar de no estar viendo el asombroso cierre de las válvulas cardíacas–, sin medir el extraordinario viaje del sonido a través del sistema auditivo, ni calibrando el tono o la intensidad de este por medio de una audiometría, tampoco evaluando el portentoso trayecto de la actividad eléctrica cerebral. Si no lo veo o estudio, solo puedo imaginarlo, pero lo que jamás podré hacer es negar que lo estoy escuchando. Sé que este libro será el abono que servirá de nutriente para hacer germinar una semilla de verdad; sembrada a través de cada lectura que crecerá en suelo fértil y dará un fruto que podremos disfrutar».

Karen V. Urbaz Capellán

Doctora en Medicina, Máster en urgencias y emergencias

«¿Puede un científico investigar si Dios existe y cambiar su manera de pensar? ¿Puede llegar a la conclusión de que no solo existe, sino que se ha revelado históricamente en Jesús de Nazaret? Pregúntale a Francis Collins, Alister McGrath, Allan Sandage, o Sarah Salviander por poner unos ejemplos. Este libro te invita a pensar por ti mismo, a dudar de tu duda, descubrir cosas en las que quizá no habías pensado y seguro que no te dejará indiferente. ¡Altamente recomendable!».

Emilio Carmona

Doctor en Biología

«Este es un libro que muchos estábamos esperando, nos pregunta y hace preguntarnos sobre cuestiones esenciales sobre nuestras creencias, un libro inteligente para quienes necesitan un fundamento sólido de sus convicciones. Nos invita a reflexionar sobre el universo, Dios, la creación, la consciencia, sobre la “causa primera y final” de las cosas y hacerlo desde un punto de vista personal, nos da las bases para ello. Los conocimientos científicos no son incompatibles con una fe inteligente en un Dios Creador. Debemos utilizar la razón para llegar a nuestras propias conclusiones»

Joan Matas Dalmases

Ginecólogo, medicina integrativa.

Para Kenia (nuestra segunda hija); naciste con la ambición y la necesidad de saber las razones de todo y vives siempre investigando todo lo que está a tu alcance. Desde que comenzaste a hablar no existe una sola pregunta que no hayas hecho (aunque antes ya nos preguntabas con tu mirada), y eso nos ha enseñado a buscar, indagar y obtener (en lo posible) las respuestas a todas esas preguntas. Te queremos muchísimo, y no dejamos de dar gracias a Dios por tu vida; nos demuestras siempre que el interés por conocer el universo y todo lo que nos rodea, es más que una necesidad de la humanidad, ¡está en la misma esencia de nuestra vida!

Muchas gracias, Miriam, por estar siempre a mi lado ayudando y comentando cada idea del libro, ¡tu ayuda va mucho más allá de *todo lo que está escrito!*

Un gran abrazo de toda la familia para Ángel González (*Lito* para sus amigos) por tu inestimable ayuda para que este libro pudiera editarse, y tu amistad inquebrantable en todos los momentos. ¡Estáis siempre en nuestro corazón, tú y tu familia!

Y un agradecimiento especial para Juan Luís Guerra: nuestras conversaciones sobre el origen del universo formaron parte de la semilla que el Creador plantó en nuestro corazón para que surgiera la idea de escribir este libro, ¡sé que vas a disfrutar leyéndolo!

ÍNDICE GENERAL

Introducción

1. La supuesta y eterna lucha entre la razón y la fe

1. Distinción entre razones, creencias y fe 26
2. Un problema grave: el no querer seguir investigando. 32
3. Las impresionantes capacidades de la razón: la mente va más allá de nuestro cerebro. 37
4. La razón se ha convertido en un dios. ¿Puede llegar a dominar a quien la creó? 38
5. Las evidencias de la fe. 49
6. La existencia de Dios, la base para la ciencia. 53

2. Más allá de la materia, la existencia de lo sobrenatural

1. La búsqueda del conocimiento es un afán por conocer lo sobrenatural 59
2. No existe una separación determinada entre cuerpo y espíritu 61
3. El problema del naturalismo 65
4. Lo espiritual, lo más profundo y esencial de nuestro ser 67
5. Las limitaciones de la razón para llegar al Creador 74

3. Las leyes del universo y las fuerzas de la naturaleza

4. El origen de la vida

1. El origen del Universo 104
2. El origen de la vida 110
3. La única posibilidad: Dios creó el universo. 136

5. Nada más que la verdad

1. El sinsentido del relativismo, su relación con la verdad 143
2. Las características de la verdad 154
3. La Verdad con mayúsculas. 164

6. El tiempo y la eternidad

1. El origen del tiempo 170
2. El final del Universo 174
3. El Creador vive más allá del tiempo. 178

7. Más allá de todo pensamiento, el origen de la consciencia

1. Tomamos conciencia de la realidad; podemos observar conscientemente 185
2. Tenemos autoconsciencia: salimos de nosotros mismos para vernos desde afuera. 187
3. Nuestra consciencia: la posibilidad de tomar decisiones morales. 188
4. Podemos sentir: tenemos sentimientos y deseos 191
5. Podemos reflexionar y meditar; la necesidad de comprender lo que somos y hacemos 192
6. Razonamos sobre todo lo que ocurre 192
7. Tenemos la capacidad para decidir 193
8. Podemos recordar el pasado e intuir el futuro 194
9. Disfrutamos del poder de la imaginación 195
10. La necesidad y el placer de comunicarnos. 196

8. Quiénes somos y dónde estamos

1. Descubrir quienes somos, lo más importante en la vida 203
2. Un mundo natural sin sentido. 205
3. La certificación de que cada uno de nosotros somos únicos. 206
4. Consecuencias de la falta de significado en la vida 213
5. Creados para ser únicos 216

9. Libre, al fin

1. La capacidad de elegir, la importancia de la razón y la verdad . 222
2. Las dimensiones de la libertad 226

3. La libertad y la existencia de Dios.....	231
4. La libertad y el problema del mal.....	235
10. Principios éticos y leyes morales	
1. Origen y definición de la ética.....	239
2. La ley moral está dentro de nosotros.....	251
3. Los problemas del relativismo moral.....	261
11. El problema del mal en el universo	
1. ¿Cuál es el origen del mal?.....	269
2. La raíz del problema: Nuestro yo está corrompido.....	271
3. El argumento: “Si el mal existe, Dios no existe”.....	274
4. El origen del mal, el enemigo.....	280
5. La respuesta de Dios al problema del mal.....	281
12. El misterio de la bondad, la belleza y el placer	
1. El origen de la belleza.....	297
2. El origen de la música.....	299
3. El placer y la alegría.....	301
4. La búsqueda de la felicidad como una búsqueda de Dios.....	305
13. La religión, uno de los mayores inventos del ser humano	
1. La religión como alienación del ser humano.....	310
2. El problema de la corrupción de algunos sectores cristianos... ..	317
3. ¿Por qué Dios permite las religiones?.....	320
4. La clave de todo: El cristianismo es radicalmente diferente... ..	322
14. Conocer la mente de Dios	
1. Con Dios no existe la indiferencia.....	330
2. Lo que muchos hacen, huir hacia delante: Dios no existe, y punto.....	336
3. Un ser extraordinario.....	337
4. La razón y el corazón.....	342
5. La evidencia de Dios.....	343
6. El amor y la bondad de Dios.....	345
7. El carácter de Dios en la Trinidad.....	348

15. Jesús: Dios se hace hombre

1. Dios se hace hombre	353
2. La gracia	371
3. La Biblia.	373
4. La razón.	375
5. La dignidad de las personas	376
6. Transformar el mundo	378
7. Las vidas cambiadas	380
Bibliografía.	387

Introducción

Albert Einstein fue considerado la personalidad científica más relevante del pasado siglo XX. Su famosa teoría de la relatividad sigue siendo el fundamento de la mayoría de los avances en el mundo de la investigación física. Einstein vivió en una época donde muchos comenzaron a discutir la existencia de un ser superior, así que sus investigaciones y descubrimientos fueron el campo abonado donde algunos creyeron ver la base de una nueva humanidad que no solo no necesitaba a Dios, sino que incluso podría llegar a afirmar que no existía. Einstein nos sirve de referencia en esa lucha. No vamos a discutir hasta dónde era creyente o no, si era panteísta o si creía en un ser superior; entre otras cosas, porque el famoso físico ya está muerto, así que cualquier tipo de debate debería terminar antes de su comienzo. En un escrito a un amigo, Albert dejó una frase llena de misterio que hasta hoy no se ha podido descifrar del todo: “El hombre encuentra a Dios detrás de cada puerta que la ciencia logra abrir”.

Aun así, en una entrevista, el famoso físico afirmó:

“Somos como un niño que entra en una biblioteca inmensa, con sus paredes cubiertas de libros escritos en muchas lenguas. Sabe que alguien los ha escrito, pero no sabe ni quién ni cómo. Tampoco comprende los idiomas, pero ve un orden claro en cómo están clasificados, un plan misterioso que no logra comprender. Esa es en mi opinión, la actitud de la mente humana frente a Dios. Incluso la de las personas más inteligentes” (1930).

Es obvio que yo no puedo entrar en las explicaciones científicas y las aplicaciones de las leyes que Einstein descubrió, pero lo que si es cierto es que la discusión todavía no ha finalizado, y cualquier elemento que pueda añadirse puede considerarse *vital*, porque precisamente de eso se trata, de saber cual es el origen de la vida. Él se sintió defraudado por una concepción del mundo exclusivamente naturalista sin dar pie a que pudiera existir algo o alguien más. El ex-ateo Anthony Flew, relata en su libro *Dios existe* lo que el escritor Jammer le comentó: *Einstein siempre lamentaba que se le considerara ateo (...) en sus propias palabras: “Lo que realmente me enfurece es que los que dicen que Dios no existe, me usen para reforzar sus tesis”*¹.

1 Flew, Antony, *Dios existe*, Trotta, Madrid 2012; página 94.

No voy a referirme al famoso físico para argumentar nada a favor o en contra de la existencia de Dios, sino simplemente como un ejemplo del deseo de todo ser humano: conocer el universo y todo lo que le rodea. Llegar a la causa primera y final de todas las situaciones. Saber la razón por la que estamos aquí y cual es nuestro lugar en ese universo. Ese es el objetivo de todos, incluso el de aquellos que afirman que no les interesa en absoluto. En ese sentido, las palabras de Albert Einstein: *El hombre de ciencia es un filósofo mediocre*, pueden ayudarnos a comprender lo que está ocurriendo.

Sería muy arrogante por mi parte decir que voy a plantear algo nuevo, o incluso que puedo llegar a convencer a alguien con lo que estoy escribiendo. Además de arrogante sería irreal, porque lo que simplemente pretendo es que puedas pensar mientras lees estas líneas. Ni más, ¡ni menos! Porque si algo es importante en la vida es saber quiénes somos cada uno de nosotros, o al menos intentar asomarnos a comprender quiénes podemos llegar a ser. O nos preocupamos de eso, o nos dejamos llevar sobreviviendo día tras día, mejor o peor según las circunstancias y nuestro estado de ánimo, esperando que llegue *no sé qué* o simplemente no aguardando nada en absoluto. Muchos de nosotros dedicamos años preparándonos para el trabajo que vamos a tener en el futuro, o para cualquier otra circunstancia de la vida, pero apenas pasamos unos minutos examinando cuidadosamente si existe lo eterno.

La verdad es que la decisión de seguir investigando es de cada uno en particular; si después de leer este libro o de tus propias investigaciones, llegas a la conclusión de que no existe nada más allá de lo que podemos ver o estudiar, todo lo que estás leyendo no tiene mayor importancia. Pero recuerda que si realmente existe una eternidad, ¡nada tiene mayor valor en la vida que encontrarla! Muchos toman más en serio el paso del tiempo que la llegada de la eternidad: lo que sucede en un tiempo limitado es motivo de estudio; lo que podría acontecer en la eternidad no. Desgraciadamente muchos creen que la mejor manera de resolver la cuestión de la eternidad es ignorándola por completo².

Está en juego la vida

No está de más decir que es nuestra vida la que está en juego. Lo que estamos intentando descubrir no es si debemos creer que un alimento adelgaza o si un determinado equipo deportivo es mejor que otro, o incluso si las

² También he visto que muchas personas que *viven bien*, económicamente hablando, creen que ya no necesitan a Dios. Piensan satisfacer su espíritu con pequeños trofeos comerciales, con logros personales, o con relaciones que les satisfagan *por completo*; de tal manera que no les interesa *nada más*.

decisiones del gobierno influyen en la situación económica mundial, por muy importante que eso sea, ¡de lo que se trata es de nuestra vida! Quizás no crees en Dios ni en nada de lo que la Biblia dice, pero si algo de todo eso es cierto, mejor dejar a un lado todo lo demás, por un momento, y resolver la situación espiritual, porque no hay nada más importante que conocerle. Tenemos la necesidad ineludible de meternos de lleno en esa investigación.

Uno de los mayores problemas al tratar el tema espiritual es la gran cantidad de personas que han llegado a una postura ideológica no por investigación propia, sino simplemente por haberse *abandonado*. Muchos no creen en Dios, no por las conclusiones a las que han llegado, sino porque simplemente viven como si Dios no existiera. No les preocupa, no se lo han planteado, ni, ¡mucho menos!, creen que sea algo importante. Esa sería una postura existencial correcta si no existiera nada fuera de nosotros mismos, pero el problema es que, si Dios realmente existe, entonces no se puede pensar en ningún otro tema antes de resolver ese.

Pero eso no es todo, en esta vida nos encontramos también a muchos que sí creen, pero no les importa argumentar. Piensan que no es necesario usar la razón; defienden una postura falsamente llamada *de fe* creyendo que de esa manera está todo arreglado sin darse cuenta de que, si tenemos una mente para pensar, es también para acercarnos con ella al Creador.

Los límites de la razón

¿Hasta dónde podemos llegar con nuestra razón? Es cierto que no podemos demostrar la existencia de Dios de una manera exclusivamente racional, no tanto porque no sea posible, sino porque tenemos que implicar todo nuestro ser: si Dios es un ser espiritual (que vive en una dimensión más allá de los límites de nuestra razón, para que nos entendamos), necesitamos esa misma espiritualidad para poder llegar a Él. No se trata de que la razón sea inútil, ¡todo lo contrario! ¡Cualquier conclusión a la que lleguemos por medio de elementos racionales nos ayudará muchísimo! El problema es que tenemos que dar pasos *más allá*, en todo el sentido de la frase.

En cierto modo, y salvando las distancias, nos encontramos en la misma situación que cuando nuestro médico nos dice que un problema en el aparato digestivo no viene directamente de una mala alimentación, sino de una alteración de nuestro sistema nervioso. Puede que, al principio nos parezca imposible que una preocupación (algo que no es *material* ni está localizado en un lugar concreto de nuestro cuerpo), nos lleve a generar una úlcera estomacal, pero cuando comprobamos que es así, seguimos investigando más allá de lo que podemos ver, tocar y sentir para poder resolver el problema. Usamos nuestra razón, pero tenemos que adentrarnos en un campo dónde

otros elementos son mucho más importantes: elementos que no podemos medir de una manera racional (nadie puede llegar a calibrar qué porcentaje de su sistema nervioso o de sus emociones está alterado); aunque también es cierto que la razón nos ayuda a comprender esas influencias y las interacciones de lo *emocional* con lo material. Nadie tildaría de loco a su médico por decirle que una preocupación que no puede medir ni sabe dónde ubicarla, está alterando de una manera orgánica a su cuerpo material.

Este ejemplo tan simple nos ayuda a entender que no podemos dejar de usar nuestra razón, ni mucho menos abandonar la investigación, simplemente porque nos encontremos con problemas aparentemente irresolubles. Muchas personas se debaten entre dos *imposibilidades*: la de demostrar la existencia de Dios de una manera racional. y la de quitar a Dios de su razón. Incluso llegan a vivir obsesionados con Él. Muchos autores (¡La gran mayoría de los que defienden el ateísmo!) no pueden dejar de escribir sobre Dios, ni de intentar encontrar razones *en su contra*, convenciendo a todos de que no existe. Parecería que *no pueden vivir* sin Él.

La decisión de seguir investigando

Como te decía, puede que no estés de acuerdo con alguna de las afirmaciones que encontrarás más adelante. En realidad no importa, porque lo que realmente me preocupa es que las personas piensen y tomen decisiones de acuerdo a las conclusiones a las que han llegado. Parece simple, pero muy pocos lo hacen.

En nuestra vida diaria no le damos demasiada importancia a la investigación, porque vivimos creyendo lo que otros nos dicen. En cierta manera, el papel que Dios tenía en el primer mundo hace unos cien años, ahora lo tienen las personas de ciencia, los medios de comunicación y los poderes públicos. Todo lo que ellos dicen lo seguimos casi al pie de la letra, sin importarnos la cantidad de veces que se equivoquen o los problemas que traigan sus conclusiones a nuestra vida. Gran parte de la humanidad dejó de creer en Dios porque le estorbaba un absoluto que siempre tuviera la razón, así que lo han sustituido por las conclusiones a las que llegan otras personas y por si fuera poco, ¡se juegan la vida con esas nuevas creencias!

En muchos campos de la realidad (incluida la ciencia), estamos cayendo en un *forofismo* (si me permites la descripción de una palabra inventada), en el que la gran mayoría de las personas no se preocupa por pensar, entender o comprender argumentos sino que, bajo el paraguas de una mal entendida tolerancia, defienden sus ideas prefijadas argumentando que la verdad absoluta no existe y que todos tienen el derecho a pensar y expresarse como quieren.

La base de esa afirmación es cierta: tenemos la libertad para pensar y expresar nuestras ideas, y no solo eso, ¡necesitamos luchar para que nada ni nadie nos quite esa libertad! El problema comienza cuando no me importa en absoluto si lo que pienso es cierto o no. Además, como nos asiste ese derecho, nadie puede decirnos que nos equivocamos, porque eso significaría que están siendo intolerantes con nosotros. Esa manera de pensar se ha extendido no solo en los medios de comunicación, sino también entre las personas relacionadas con la ciencia (algunos no admiten que Dios aparezca por ninguna parte, sean cuales sean las razones), y en la religión (muchos no quieren usar la razón absolutamente para nada). El mundo se está llenando de *forofos*: todos gritan sus ideas y *hacen piña* alrededor de su equipo favorito, pero muy pocos son capaces de razonar y llegar hasta donde la investigación pueda llevarlos.

Esas ideas tan ridículas

Es imprescindible establecer principios comunes con los que podamos trabajar, y el más sencillo de todos (¡el más necesario!), es que toda investigación tiene que contar con el respeto de los que la observan. La apelación al ridículo que algunos airean contra los que son creyentes, es una de esas situaciones que nos demuestran las dudas que tienen: los investigadores que buscan conclusiones certeras jamás se burlan de los que no les siguen. Cada vez que escucho o leo que alguien se burla de otro *porque cree en Dios*, me hace recordar a un profesor que enseñaba sobre principios de oratoria y comunicación, y animaba a *hablar más fuerte y con más convicción cuando estás exponiendo un argumento débil*, para que nadie se diera cuenta de la falsedad de los principios que estabas defendiendo. Puede parecernos una broma, pero muchos creen que un argumento es válido cuando se defiende simplemente con *fuegos artificiales* mientras, de manera perfectamente calculada, uno se burla de los argumentos de los demás. Creen que hacer quedar en ridículo a tu enemigo es el arma más poderosa, ¡aunque no tengas ninguna otra! Algunos ateos lo saben y por eso, solo quieren ridiculizar a los creyentes: para ellos, el debate no se gana con la razón, ni siquiera con el corazón, sino en el campo de las emociones.

El problema es que cuando nuestra defensa se basa en ridiculizar al oponente, demostramos la debilidad de nuestras ideas. Cuando algunos dicen que creer en Dios es prueba de nuestra ignorancia, lo que están demostrando es la suya propia, porque si fuera así deberíamos eliminar del mundo de la ciencia a personas profundamente creyentes como Francis Bacon, Michael Faraday, Isaac Newton, Kepler, Linneo, Euler, Pasteur, etc., además de muchos de los premios Nobel (en las categorías que tienen que ver con la investigación y la ciencia) de los siglos XX y XXI.

Pruebas más allá de toda duda razonable

Como la existencia de Dios es el *tema* por excelencia, necesitamos acercarnos a todas las argumentaciones posibles y en todos los campos, porque eso nos va a ayudar a comprender de qué estamos hablando y hasta dónde queremos llegar. Por ejemplo, cada vez que se imparte justicia en una situación determinada, se dice que tenemos que obtener pruebas *más allá de toda duda razonable*; si no es así, no se puede condenar a nadie. En un juicio por asesinato no puedes volver atrás en el tiempo para probar lo que ha ocurrido, sino seguir un procedimiento racional hasta llegar a una verdad más allá de toda duda. Esa podría llegar a ser la base de la creencia en Dios para aquellos que no quieren llegar a la fe. Ese es el desafío; si usamos el método *más allá de toda duda razonable* para cuestiones de vida o muerte, deberíamos hacerlo para la cuestión más importante de la humanidad, la existencia de un Creador; porque hasta allí nos puede llevar la razón. Quizás no de una manera absoluta, porque si Dios existe más allá de lo material será imposible para la ciencia probarlo (el método científico solo puede alcanzar lo natural); pero ese ir más allá de toda duda razonable, nos obliga a seguir avanzando para descubrir la verdad.

En ese sentido, podemos usar el argumento de Cince Vitale (en su libro: *¿Por qué existe el sufrimiento?*), sobre un testigo en un juicio cuyo testimonio no puede ser definitivo porque no vio de una manera clara al asesino, pero su descripción sobre lo que observó nos ayuda a seguir en la búsqueda de la verdad. Si durante la investigación encontramos a otras personas que nos dan más detalles del sospechoso, de tal manera que entre todos obtenemos un resultado, podemos identificar claramente a quien cometió el crimen. Eso es lo que ocurre con los argumentos sobre la existencia de Dios: quizás uno de ellos por sí mismo no certifica que esté ahí, pero cuando seguimos investigando y añadimos varias docenas de argumentos diferentes en situaciones diferentes, tenemos que reconocer que estamos llegando más allá de lo que imaginábamos.

Todos necesitamos investigar e ir al fondo del asunto; en ese sentido no está de más recordar que fueron personas creyentes, en su gran mayoría, los que comenzaron a razonar los principios básicos sobre los que rige la naturaleza, porque esos principios surgían del propio carácter del Creador. Y eso, a pesar de una minoría religiosa que pretendió defender al cristianismo con una falsa concepción del mundo, y una conducta contraria al carácter de Dios intentando llevar a la oscuridad de su tozudez malsana, no solo a la ciencia, sino también a toda la sociedad. Ese integrismo sigue teniendo demasiados defensores en todos los campos, porque es la postura con la que hacemos girar el mundo alrededor de nuestras ideas y nuestras

acciones; pero, *gracias a Dios* (valga la expresión), ya se ha demostrado que no somos los dueños del universo³.

Cuando Dios estorba

La pregunta por lo tanto sería: ¿Ha llegado alguien a demostrar que Dios no existe? Los que defienden que sí, son los tienen que argumentar que Él no está ahí, de otra manera esa afirmación solo sería una locura voluntaria; así como aquellos que sostienen que no se puede saber si Dios existe o no. Muchas personas creen que, olvidando a Dios, pueden vivir de una manera más libre, más plena, más total; pero lo único que consiguen es encerrar su corazón bajo los límites de la ignorancia para no tener que *dar cuentas* delante de nadie. El problema no es si Dios existe o no, sino lo que eso implica. Esa es la razón por la que muchos le rechazan.

Imagínate por un momento que para creer en la ley de la gravedad tuviéramos que llevar una vida éticamente correcta, y fuera obligatorio vivir bien con nuestra familia, no odiar a nadie, y luchar para que todo sea más justo. Piensa por un momento que defender que la ley de la gravedad *existe* implicase que no se puede mentir: te aseguro que millones de personas estarían diciendo que *eso de la gravedad* es un invento para controlar a los demás, y que nadie ha podido demostrarlo. Habría clubs y asociaciones en contra de la ley de la gravedad, se escribirían libros afirmando que no existe, y muchos gastarían sumas millonarias en intentar demostrar y anunciar su *muerte*.

En muchas ocasiones, el problema no es tanto que no creamos en la existencia de Dios, sino que no queremos que Él tenga algo que decir en nuestra vida. Usamos todo tipo de razonamientos para descartarlo. Recibimos vida y aliento, pero preferimos creer en cualquier efecto absolutamente casual que nos la ha dado. Tenemos dentro de nosotros una existencia espiritual inquebrantable, pero razonamos que apareció un día, sin que nadie sepa muy bien cómo. El ser humano moderno quiso matar a Dios: no solo no quiere creer en Él, sino que pretende que nadie lo haga. Esa lucha no se da contra los locos que defienden cualquier tipo de creencias, sino solamente contra aquellos que creen en Dios. Olvidan que cuando quieres matar a alguien es porque sabes que está ahí: no matas a un ser imaginario,

3 Como veremos más adelante, cuando se argumenta que hay personas que, no solo se han opuesto a la razón, sino que también han llegado a matar en nombre de su *dios* o su *religión*, respondemos que para eso tenemos leyes: para que los que hacen lo malo (sea en el campo que sea), paguen las consecuencias. Exactamente igual que para aquellos que matan por amor a sus ideas políticas, o incluso, ¡defendiendo a su equipo deportivo! como ya se ha dado el caso. Pero todavía no conozco a nadie que proclame que hay que abolir la política o el deporte porque hay locos que matan en su nombre.

ni a una locura, incluso tampoco una creencia; si realmente creyeran que no existe, simplemente no harían caso y dejarían que cada uno dijera lo que quisiera; de la misma manera que algunos pueden creer en una hada imaginaria o en cualquier otra cosa. Quizás William Dembski haya dado en el clavo cuando dice a propósito de esa *lucha* contra Dios: “Esto es un avance, a los muertos se los ignora y se los olvida; la burla y el desprecio es para los vivos”⁴.

La mente de Dios

Sé que podemos hacer este viaje juntos. Para mí es imposible conocer la situación de cada uno de los que estáis leyendo estas líneas, pero termino esta introducción de la misma manera que comencé, citando una de las frases que a menudo repetía Einstein: *lo que de verdad anhelo es conocer la mente de Dios, todo lo demás son pequeñeces*. El conocido físico vio mucha más majestad de Dios en la naturaleza de lo que todos imaginaban. Era incapaz de creer que nadie pudiera encerrarlo en sus ideas religiosas, por eso pensó que muchas de las personas que hablaban de Dios no le conocían en absoluto. En un solo minuto de observación del universo, ¡Einstein había comprobado más de la grandiosidad de Dios que muchos líderes religiosos en toda su vida!

Esa es la razón por la que necesitamos seguir investigando. Quizás no podamos llegar a comprender cual es la esencia de Dios, pero si podemos hablar y llegar a conclusiones sobre su existencia; decir eso no es desmejorar nuestra investigación, porque de hecho, no podemos comprender la esencia de nada, ¡ni siquiera de un solo átomo! La ciencia trata de la existencia de las cosas y las leyes que las gobiernan, aunque siga intentando infructuosamente llegar a la esencia de todo. ¡Mucho más difícil es comprender la esencia de seres espirituales como nosotros! No podemos llegar a la esencia de una persona, porque no estamos preparados para ello. Solo el *Diseñador* de esa persona tendría la capacidad de hacerlo.

El ser humano no puede quedarse insensible o *paralizado* ante los nuevos desafíos; siempre quiere investigar y llegar a la razón de todo. Necesita alguna razón aunque no le satisfaga completamente, tiene que creer y confiar en algo, tiene que encontrar la verdad. Si nos sumergimos en

4 Dembski, William A. *El fin del cristianismo* Nashville, B & H 2009; página 2. Aunque parezca mentira, esa es la razón por la que muchos no quieren seguir investigando: no se trata de si se puede saber lo que hay más allá o no (como defienden muchos agnósticos), sino de que nadie quiere arriesgarse a quedar como un *tonto* al afirmar que Dios no solo existe, sino que no está callado. Se necesita una personalidad muy fuerte para que le definan a uno como a alguien *desfasado* y *anticientífico*, y no nos preoccupe en absoluto.

esa investigación sin aceptar la posibilidad de que Dios pueda estar ahí, cualquier idea tendrá valor y cualquier explicación nos servirá. Cualquier persona puede ser escuchada o vender millones de libros con tal de quitar a Dios de en medio, aunque no haya dado un solo paso en la investigación. Muchos lo aceptan simplemente porque esa idea les seduce, ¡no les importa ser engañados si fuera el caso! Pero la realidad es que esa necesidad que tenemos de conocimiento no puede ser ocultada. Tarde o temprano vamos a dudar de nuestros principios y buscar una verdad que permanezca.

¿A dónde queremos llegar?

Si queremos ser justos, la carga de la prueba de la existencia de Dios debe caer en los que se oponen a ella, no en los que creemos en Él. Lo que vemos y observamos en la naturaleza y en nuestra vida diaria nos lleva a la conclusión de que todo lo que ha sido creado o formado, lo es porque tiene un agente que lo ha hecho, alguien lo ha diseñado y construido, así que, ¡la ciencia es la que debe demostrar lo contrario: que todo ha surgido por azar!

No estamos defendiendo que Dios exista por nuestras creencias, sino por los hechos que tenemos delante. Si Dios existe no es una cuestión personal de aquellos que lo creen; es algo que involucra a todo y a todos ¡lo único que puede transformar el mundo!

Más contenido audiovisual:



La supuesta y eterna lucha entre la razón y la fe

Hace varios años conocimos, por los medios de comunicación, un suceso en el norte de Galicia que nos dejó desolados. En una noche cerrada dos coches chocaron en una autopista debido a la helada que había en la calzada. Afortunadamente quienes conducían los vehículos quedaron ilesos, así que salieron para ver los desperfectos de cada uno de los automóviles, pero justo en ese momento vieron venir hacia ellos un camión de gran tonelaje cuyo conductor había perdido el control del vehículo. Parece ser que los dos conductores rápidamente tomaron la decisión de saltar detrás del guardarraíl de la autopista para escapar del impacto del camión. El grave problema es que no se habían dado cuenta de que habían estacionado sus automóviles en medio de un puente, de tal manera que cayeron por más de treinta metros, falleciendo los dos.

Tomamos muchas decisiones en la vida, casi siempre pensando en lo que hacemos, pero eso no significa que nuestros razonamientos sean correctos. Necesitamos cerciorarnos de lo que creemos, para saber si es cierto o no, e investigar hasta dónde nos sea posible, porque en muchas ocasiones nuestra vida puede depender de ello. Tenemos que usar la razón para argumentar, ver la situación, comprobar las circunstancias y los movimientos de los diferentes agentes, y plantear todas las dudas que tengamos para llegar a un objetivo. Incluso nuestras dudas son parte primordial de cualquier investigación: si los dos hombres hubieran tenido alguna duda en cuanto a su situación, habrían visto que el salto no era la mejor decisión: a veces, el hecho de que estemos *seguros* de algo no significa que sea cierto, o que sea la mejor decisión que podamos tomar.

Por eso hablamos sobre la razón, pero no podemos dejar de hablar también en cuanto a la fe: en la mayoría de las ocasiones descansamos nuestra fe y nuestra confianza en las decisiones que hemos tomado, porque creemos que están más allá de toda duda razonable. Esa fe no solo no es ajena a la ciencia, sino que está en su misma base porque cualquier método la necesita, como veremos más adelante.

La razón nos ayuda de una manera incondicional y jamás debemos despreciarla. Buscamos las causas de las leyes y los mecanismos que hacen posible la vida y confiamos en que hay un diseño perfecto, aunque algunos

admitan no saber cuál es o quién lo puso ahí, pero ¿y si todo lo que creemos estuviera realmente establecido por el azar como muchos creen? Si fuera así, ¿ese azar podría cambiar un día, de la misma manera que apareció, para llegar a transformarlo todo? ¿Y si las leyes comenzaran a regirse de una manera diferente a partir de un momento determinado? La mente humana busca la verdad de cada situación, ¡no se siente cómoda creyendo en el azar! Para la razón, el azar no solo es incomprensible sino que tampoco nos permite confiar en él; jamás dejamos nada al azar en ninguna situación de la vida, por muy banal que sea. Necesitamos razonarlo todo y ¡si podemos! controlarlo todo también.

1. Distinción entre razones, creencias y fe

Normalmente nuestras decisiones se basan en las razones que conocemos: tenemos la capacidad de decidir de acuerdo a nuestras convicciones y creencias, porque se fundamentan en las razones que hemos constituido como válidas, por eso confiamos en ellas. Esas creencias dirigen nuestra vida en todos los aspectos, de eso se trata la fe; todas las personas en el universo tienen fe, sean creyentes o no.

Ese proceso es muy simple:

1. Razones
2. Creencias
3. Fe

Buscamos la verdad, siempre. Tal y como veremos más adelante, y eso lo hacen incluso las personas que piensan que la verdad absoluta no existe. La razón nos lleva a reconocer consciente o inconscientemente, verdades que son absolutas para nosotros en todos los aspectos de la vida, ¡sobre todo en los más importantes! Una vez que establecemos lo que creemos que es la verdad (sea objetiva o no), colocamos nuestras razones en la base de todo lo que hacemos y las decisiones que tomamos. Nuestra vida se fortalece de una manera definitiva cuando nuestras creencias están basadas en la verdad que *hemos descubierto*. Todos somos *creyentes*, todos creemos en algo y confiamos en determinadas razones para hacer lo que hacemos y vivir como vivimos.

Por eso el siguiente paso que damos es convertir esas razones en creencias. En la gran mayoría de las situaciones de la vida, las creencias están basadas en certificaciones obtenidas a través de algún método racional, y por eso presuponemos que todo va a ir bien; ese es el proceso que seguimos para vencer nuestras dudas. Cuando subimos a un avión, por ejemplo,

sabemos que miles de aparatos están volando en este momento y todos están perfectamente preparados para llegar a su destino. Solo hay una posibilidad estadística absolutamente mínima de que algo funcione mal, así que creemos (¡confiamos!) en que llegaremos bien. Nuestras creencias están basadas en la racionalidad de una situación: ¡Tenemos buenas razones para subirnos a un avión! De la misma manera podríamos poner cientos de ejemplos parecidos en la vida diaria; creo que todos comprendemos a qué me estoy refiriendo.

De esa manera, damos pasos significativos a partir de las razones que defendemos: el primero y más importante ha sido creer en esas razones (a eso llamamos creencias), y el segundo, ejercer nuestra fe en lo que creemos y hemos razonado y comprobado. Puede que subirse a un avión no suene a nada *religioso*, pero estamos ejerciendo nuestra fe y nuestra confianza en que el piloto será capaz de llevarnos a nuestro destino, y todo funcionará de una manera correcta. Para que nos entendamos, durante las horas que dura el vuelo, nuestra vida no está en nuestras manos (salvo que seamos el piloto, claro). Aun así, no siempre tenemos la posibilidad de *pilotarlo todo* en nuestra existencia, por más dinero o poder que tengamos. Tarde o temprano tendremos que depender de algo o de alguien.

¿A dónde queremos llegar? Además de establecer esos tres principios imprescindibles para comprender cómo vivimos, tenemos que reconocer que nuestras creencias tienen que ver con lo que pensamos que es cierto, pero no solemos establecer una verdad objetiva en todas las ocasiones, porque no siempre lo que creemos está *certificado*. Nos sorprende que algunas personas incluso pueden llegar a tener creencias que van en contra de la realidad y lo saben: pueden creer en los extraterrestres simplemente porque sí, aunque no puedan demostrarlo, o pensar que después de la muerte no hay nada, o simplemente que no deben pasar por debajo de una escalera porque trae mala suerte. Podemos hacer muchas afirmaciones sobre cualquier campo de la realidad y ver como hay personas que las *creen* sin que sean racionalmente comprobables, y no les importa en absoluto.

Cuando no sabemos distinguir los dos campos, es decir, las creencias y las razones en las que se fundamentan, nos encontramos con muchos problemas, porque pensamos que las creencias son tan válidas como las razones que las sustentan. Llegamos a pensar que porque creemos algo, es cierto, pero no es así:

1. A veces no tenemos toda la información.
2. En otras ocasiones la información es equívoca o inexacta.
3. No queremos recibir la información por la razón que sea.
4. No queremos aceptar la información que tenemos.

5. O simplemente nos equivocamos en las conclusiones que tomamos con los datos que tenemos.

Podemos llegar a deducciones equivocadas si caemos en uno o más de esos cinco apartados. No debemos pensar que esto solo le ocurre a los demás, ¡mucho menos creer que las personas que usan el método científico en sus investigaciones (sea cual sea la ciencia en la que están investigando) no tienen problemas con esas premisas! En ciertos campos hay personas que no solo no quieren conocer nueva información sobre lo que están estudiando, ¡a algunos ni siquiera les importa! Esa, precisamente, es la fuente de los llamados *prejuicios*. Nos sorprendería comprobar cuántas personas viven llenas de prejuicios, sea cual sea el ámbito científico, académico o social en el que se muevan, y/o los títulos que tengan.

Primera sorpresa: no hay demasiadas diferencias entre el método científico y el hecho de creer en Dios

La gran sorpresa es que, en ese sentido, no hay demasiada diferencia entre el método científico y el hecho de creer en Dios. Es cierto que muchas religiones no quieren tener nada que ver con la razón (de eso hablaremos en otro capítulo), pero también tenemos que reconocer que los prejuicios están al orden del día en el mundo de la ciencia. En los dos campos hay quienes no quieren razonar sobre ciertos temas, porque sus creencias son más importantes que sus razonamientos: su manera de ver la vida (el esquema total de su existencia, de eso también hablaremos más adelante), domina sobre el método racional.

Déjame ponerte solo dos ejemplos muy simples: Gran parte de las investigaciones en medicina natural y productos naturales está *frenada* por algunas grandes empresas farmacéuticas que perderían millones de euros con los procedimientos curativos de otros medios. En ese caso, la motivación económica está muy por encima de las razones objetivas. Un segundo ejemplo tiene que ver con la locomoción: Las grandes empresas petroleras no desean que las investigaciones sobre electricidad y otro tipo de carburantes para automóviles sigan adelante, porque perderían sus innumerables ganancias. Otra vez las motivaciones económicas *ciegan* cualquier tipo de razonamiento. En los dos casos, no es que se desconozca que hay otras opciones mejores, ¡es que no quieren ni saberlo! No les juzgues demasiado rápido a ninguno de los dos, porque, ¡lo mismo hacemos nosotros cuando vemos que cualquier tipo de bien común trae como consecuencia que ganemos menos dinero con nuestro trabajo! El dinero tiene la cualidad de ocultar cualquier tipo de razonamiento, y si

no somos capaces de reconocerlo, es porque quizás ya nos ha vencido por completo.

¿Sabes cuál es el paso que muy pocos se atreven a dar? Decidir que las creencias no pueden gobernar la vida salvo que estén basadas en la verdad. En ese sentido, la razón y el conocimiento tienen que ser la piedra angular sobre la que se establezca aquello que creemos, no porque la razón sea superior a todo, sino porque no puede ser silenciada ni ocultada. Como veremos más adelante, la verdad no puede esconderse, sino que debe ser la base de nuestra existencia: si algo no es verdad, ¡seguirá sin serlo por mucho que nos empeñemos en creerlo y/o defenderlo!

Por si todo eso no nos creara suficientes *problemas* en nuestra existencia (¡ya estás comenzando a comprender a aquellos que no quieren pensar!), tenemos que recordar que las creencias son voluntarias: nos acostumbramos a creer y a dar por supuestas muchas cosas, afirmaciones, razonamientos, etc., pero también, con el tiempo, aprendemos a no vivir de acuerdo a esas creencias, algo que demuestra que no le damos a la razón tanta importancia como pensamos. ¡Les pasa eso a casi todos: cristianos, religiosos, ateos, agnósticos o lo que sea! Argumentamos sobre nuestras creencias y nuestra razón, pero en muchas ocasiones no vivimos de acuerdo a los principios que defendemos. A veces, las razones y las creencias pueden ir por un lado, mientras nuestra fe y nuestro estilo de vida va por otro diferente.

El salto de fe

¿Por qué hablamos de fe entonces? ¿Porque necesitamos dar ese *tercer paso*! Si no fuera así, ninguno de nosotros podría vivir: ejercemos nuestra fe en cientos de situaciones diferentes, tanto consciente como inconscientemente. Volviendo al ejemplo del avión, cada vez que nos subimos a uno, damos un salto de fe: colocamos nuestra vida por entero (¡nunca mejor dicho!) en una situación en la que no podemos hacer absolutamente nada, salvo confiar. En ese momento, recorreremos los tres *pisos* del edificio de nuestra estructura vivencial: primero, conocemos las razones por las que un avión vuela; segundo, creemos que puede hacerlo; pero, tercero, solo demostramos nuestra fe cuando nos subimos en él; en ese momento comprobamos que la razón y las creencias funcionan. De hecho, yo conozco algunas personas que saben las razones por las que los aviones vuelan, e incluso pueden llegar a creerlo, pero jamás se han subido a alguno por miedo. Es curioso, porque contrariamente a lo que algunos piensan, la incredulidad no es el sentimiento contrario a la fe, sino el miedo. ¡Pero ese es otro tema!

Cualquier persona que observe nuestra vida se dará cuenta de que estamos ejerciendo nuestra fe en cientos de personas y circunstancias diferentes

desde el primero hasta el último día de nuestra existencia. Lo curioso del caso es que podemos diferenciar las creencias y los razonamientos, e incluso podemos razonar y llegar a conclusiones, sin que nuestra vida se vea involucrada. Por ejemplo, cuando decidimos sobre los muebles que debemos comprar para nuestra casa, o (¡yendo más allá!) sobre el trabajo que vamos a escoger, nuestra vida no está *en juego*, porque podemos volvernos atrás en ciertas decisiones o simplemente cambiar de opinión sin que nada suceda. En ese sentido nuestras creencias no influyen demasiado en nuestra vida, pero cuando hablamos de fe la cosa cambia, porque en muchas situaciones debemos involucrarnos por completo: nos jugamos la vida, tenemos que subirnos en el *avión*, ocurra lo que ocurra. Un médico puede tener ciertas creencias en métodos y medicinas que ha experimentado con otras personas, pero si él mismo tiene cáncer, confiará en el tratamiento en el que realmente cree, en las medicinas en las que tiene *fe*, sean cuales sean las razones por las que esa fe ha crecido en él. En ese sentido, sus *creencias* pueden ser expresadas en las investigaciones que hace, o los tratamientos que va descubriendo, pero su *fe* le lleva a confiar en aquello que cree que puede darle la vida. En ese momento ya no existen los *puede ser* ni los *quizás*, él usará aquello en lo que tenga la confianza más absoluta. Y eso lo hacemos todos.

La fe es imprescindible en todo razonamiento

Esa es la segunda sorpresa: todos tenemos que dar, en algún momento de nuestra vida, ese *salto de fe*, aunque las razones fundamentales sean válidas y nuestras creencias firmes. ¡La fe es imprescindible en el método científico también! En primer lugar, porque cada vez que queremos dar un paso adelante en una investigación, tenemos que creer que, hasta donde hemos llegado, los principios son válidos; es decir, que toda la argumentación anterior puede soportar el peso de la conclusión que hemos tomado, que los presupuestos básicos que hemos formulado son correctos, y no nos hemos equivocado en el camino u otros lo han hecho. A día de hoy, son muy pocos los investigadores que pueden seguir un proceso completo desde el principio hasta el final, sea en el campo que sea. Todos tenemos que confiar en el trabajo de otros porque no podemos verificarlo absolutamente todo. ¡Y aun más cuando se trata de disciplinas que no dominamos! Tenemos que confiar que las conclusiones a las que han llegado otros investigadores son honestas, porque no tienes posibilidades de comprobar todo lo que otras personas afirman en categorías diferentes y ciencias diferentes; la confianza en otros es imprescindible. La conclusión es obvia: todos necesitamos fe y vivimos por fe; la única diferencia es en qué o quién la fundamentamos. El objeto de nuestra fe es lo que sostiene nuestra vida.

Ninguna persona puede tener atados todos los términos en los que se está moviendo: un médico tiene que descansar no solo en principios a los que otros médicos han llegado (él no puede conocer ni controlar todas las investigaciones, ¡ni siquiera en su propio campo!), sino también en lo que los biólogos, farmacéuticos, físicos, etc., le dicen. Todos tenemos fe en una serie de parámetros que no podemos comprobar, y debemos hacerlo hasta que no se demuestre lo contrario. Hace varios siglos, por ejemplo, los médicos hacían sangrías para sanar ciertas enfermedades y se desangraba a las personas para curarlas. Como es obvio, muchos pacientes murieron como resultado de ese método, porque se llegó a desangrarlos hasta la muerte. Hoy se sabe que ese método no funciona, pero durante siglos los médicos tenían fe en que las sangrías sanaban. Durante muchos años, muchas personas pagaron la *fe ciega* de los médicos, con su propia vida.

Lo mismo ocurre con las matemáticas, la física o cualquier otra ciencia, siempre existe la posibilidad de que la realidad desmonte alguna de nuestras leyes, porque es imposible *controlar* absolutamente todas las posibilidades que existen. Necesitamos fe, fe en que la ley no va a cambiar. El hecho de que repitamos un experimento, o midamos cualquier cualidad en un número determinado de ocasiones, no quiere decir que sea una ley inalterable: lo es para ese fenómeno y en esas circunstancias, pero no podemos afirmar nada más. Para que podamos comprenderlo, basta recordar que durante doscientos años, las leyes de Newton fueron tomadas como las verdades absolutas en la física, hasta que en el 1915 Einstein promulgó la teoría de la relatividad, con la que las leyes anteriores quedaron superadas. Hoy mismo, la física cuántica parece hacer *tambalear* alguno de los enunciados de Einstein. La ciencia busca siempre principios absolutos, pero sabe que solo pueden serlo de una manera temporal: no reconocer eso, es simplemente no querer avanzar en el modelo científico, porque ese modelo se sostiene precisamente por esa *duda* de todo lo existente hasta ese momento. Esa duda es absolutamente racional, científica y válida porque es la que nos permite seguir adelante.

En segundo lugar, la investigación científica es una cuestión de fe porque, aunque confiamos en que el universo y sus leyes son estables, nadie puede asegurar que siempre será así. Observamos que las causas que han determinado ciertas circunstancias han sido siempre las mismas, y *creemos* que en el futuro también será así. Esta última frase lo define todo, no necesitamos decir más.

Pero ¿podemos demostrarlo? No, porque el futuro no está en nuestras manos. Tenemos que creerlo, simplemente. Si, ya sé que no podemos dudar de todo, pero de una manera u otra hay que tener fe: como nuestro conocimiento es limitado, siempre estamos conquistando algo nuevo. Situaciones que hasta ayer no conocíamos, hoy podemos saber las razones. No todo lo

que es ilógico hoy implica que lo será en el futuro, porque precisamente la base del conocimiento científico es el descubrimiento, así que, si queremos seguir adelante en la investigación, no podemos renunciar a lo inesperado; ni mucho menos a seguir investigando.

¿A dónde queremos llegar? Sencillamente al hecho de que cuantas menos pruebas tienes para creer en algo, más fe necesitas. A lo largo de los próximos capítulos veremos que, para defender la *no existencia de Dios* necesitamos aportar pruebas porque de otra manera, estaremos ejerciendo mucha más *fe* para desecharle, que para creer en lo que la Biblia dice. Esa es una de las razones por las que no se pueden defender argumentos del tipo: *esto es más lógico que aquello otro*. Si no tienes pruebas, o no has llegado a ese argumento por medio de la razón, lo que parece lógico puede desmoronarse en cuestión de segundos. Recuerda que las mismas acusaciones que se han vertido a lo largo de los últimos años contra el cristianismo, son válidas para todo tipo de *ismos*; debemos tener mucho cuidado para no caer en las trampas que nosotros mismos hemos construido.

Es cierto que algunas personas dicen que los creyentes necesitan tener una fe ciega para poder creer en Dios, pero el problema es que ni ellos mismos saben a qué se refieren al hablar de *fe ciega*. Para poder comprender ese concepto necesitamos un ejemplo: Imagina que un niño está perdido en una ciudad en la que la niebla no le permite saber dónde está. No sabe a dónde ir ni qué hacer, pero de repente, una persona se le acerca y le habla; apenas puede verle y, además, no conoce su voz. No sabe a dónde le llevará: necesita ejercer una fe ciega. Puede decidir confiar en esa persona, pero no tiene ni idea de lo que va a pasar. Pero en ese momento, alguien se acerca y le habla, y entonces reconoce su voz, ¡es su padre! No tiene ninguna duda, le da la mano y se va con él. Aunque no *ve* por dónde va, confía en él; ya no es una fe *ciega*, porque sabe que su padre es capaz de dar su vida por él si hace falta. Cuando confiamos en Dios, nadie puede acusarnos de ejercer una fe ciega, porque hemos comprobado en muchas ocasiones cómo nos cuida y nos guía.

2. Un problema grave: el no querer seguir investigando

Todos tenemos creencias, sean del tipo que sean, así que lo que tenemos que hacer es investigar las razones de esas creencias. Nadie tiene derecho a burlarse de un creyente que (aparentemente) defienda algo ilógico, si esa persona no quiere seguir investigando en ese o en otros campos que se proponen, porque la racionalidad de las creencias depende de los pasos que se dan para alcanzar la verdad, no de lo que la mayoría diga, de las *modas* del momento, o de lo que alguien afirme, por muy inteligente que parezca ser.

Tal como anticipamos en la introducción, y aunque nos duela decirlo, el agnóstico, por definición, renuncia. Renuncia a todo lo que no puede encontrar en la investigación racional o el método lógico. *No podemos saber si Dios existe o no, y si existe no nos importa en absoluto*, es una opinión personal hasta cierto punto plausible, pero no se puede elevar (¡ni siquiera!) al nivel de *opinión racional*. Quien quiere investigar no cierra ninguna puerta, porque sabe que puede llegar a su destino por muchos caminos. Por ejemplo, nadie sabe si algún día llegaremos a vencer todas las enfermedades y encontrar el secreto de la inmortalidad, pero no importa; seguimos adelante. No existe el *agnosticismo* científico, nadie quiere renunciar a nada. Todos queremos conocer las razones de lo que sucede dentro y fuera de nosotros, ¡en eso se basa la ciencia!

La cuestión es que quienes dicen que no se puede saber si Dios existe o no, y renuncian a seguir investigando, pretenden vivir en un nivel científico superior a los que creen. Una persona agnóstica puede decir: *no sé si hay algo, y un ateo militante afirmará: no hay nada*; pero lo curioso es que los dos suelen añadir: *en cualquier caso no importa, no necesitamos a Dios, intentar buscarlo es una pérdida de tiempo*. Debido a esa manera de pensar, muchos pueden llegar a encontrarse en un callejón sin salida, porque el agnóstico por definición dice que no puede conocerse nada del más allá; defiende que, con lo que vamos descubriendo del universo nos basta; con saber el funcionamiento de los procesos naturales estamos más que satisfechos, no necesitamos ni ¡queremos! arriesgarnos en ningún tipo de investigación que tenga que ver con lo espiritual. El problema es que, defender esa posición, nos lleva a muchas situaciones existenciales que no podemos resolver.

En primer lugar, ¿por qué abandonar si quizás nuestra vida depende de ello? Si Dios no existe, nuestra apuesta de no querer seguir adelante nos habrá salido bien, pero ¿y si existe? En todo tipo de procesos legales defendemos que el desconocimiento de la ley no exime de su cumplimiento: el hecho de que yo no conozca que existe la ley de la gravedad, no me salvará si me caigo por la ventana, por poner un ejemplo ridículo y claro. Además, nuestro desconocimiento de la existencia o del funcionamiento de algo, no influye en absoluto para que ese *algo* siga siendo activo y, por lo tanto, real. Alguien que no haya visto un automóvil en su vida deberá apartarse cuando lo vea venir, porque su *no creencia* o desconocimiento del vehículo no le eximirá de verse malherido si es atropellado. ¿No nos damos cuenta de que nos puede pasar lo mismo en la decisión más importante de nuestra vida? ¡En todo aquello que se relaciona con la existencia de un ser supremo!

En segundo lugar, ¿cuál es la razón para abandonar la búsqueda de lo trascendente? Si gastamos tiempo, dinero y fuerzas para examinar los procesos naturales, ¿no sería lógico al menos intentar llegar a algún lugar en la

investigación espiritual? Lo espiritual no solo existe (como vamos a ver más adelante), sino que, en cierta manera, es lo que domina nuestra vida. ¿Cómo podemos ser capaces de cerrar los ojos a lo que más nos interesa?

En tercer lugar, si nosotros personalmente no queremos seguir investigando y dejamos que los demás lo hagan (siempre habrá alguien que no se conforme y quiera ir más allá, ¡con toda la razón del mundo!), ¿cómo dejar que los demás decidan en lo que tiene trascendencia eterna, si no permitimos que nadie lo haga en nuestra vida material? No conozco a nadie que admita que otros decidan en cuanto a su dinero, su trabajo, sus intereses o su familia, ¿por qué entonces no nos preocupa que lo hagan en lo trascendental? Nadie defiende esos principios en ninguna otra situación de la vida; quien afirma que fuera de lo material nada puede saberse a ciencia cierta, no se sube en un avión si no hay una certeza casi absoluta de que va a llegar a su destino (aunque, ¿no dicen muchos que las certezas absolutas no existen? Bueno, de eso también hablaremos más adelante), por seguir con el ejemplo que mencionamos más arriba. Las situaciones de las que podríamos hablar en ese sentido son prácticamente innumerables.

La ciencia vive de seguir investigando siempre, ¡esa es su razón de ser! De hecho, la persona más equivocada no es la que quiere saber más, ¡sino la que cree saberlo todo! La que jamás duda, ¡aunque esté completamente equivocada! En todos nuestros razonamientos debemos verificar lo que creemos; de hecho, a veces, llegar a nuestro destino implica desandar el camino andado, si de verdad íbamos en dirección contraria al lugar al que queremos llegar: puedes haber demostrado en cientos de ocasiones que algo va a reaccionar de una determinada manera, pero si de repente sucede lo contrario una y otra vez, debes comenzar todo de nuevo, porque lo más probable es que haya existido un fallo en algún momento de la investigación. La conclusión a la que pretendías llegar debe ser reformulada porque lo que defendías ya no tiene validez.

Las diferencias en la investigación

Lo que llamamos *demonstración* cuando estamos investigando, solo puede ser aplicada en las leyes matemáticas y, hasta cierto punto, en ciertas leyes lógicas. Ni siquiera la física puede adentrarse en esos campos, porque muchas de sus leyes son certificadas por observación, no por demostración. ¿A dónde quiero llegar? Simplemente no podemos esperar de la teología que demuestre la existencia de un ser espiritual si no queremos usar parámetros espirituales¹. Es como pedirle a un físico que nos demuestre la

1 A pesar de todo, el ser humano natural, todavía tiene la capacidad de *entrever* a Dios por medio de la naturaleza, la razón, las experiencias personales y varias *vías* más:

existencia de los *cuantos*: hemos llegado hasta ellos en base a conclusiones, pero no a través de percepciones o demostraciones, ¡eso es muy diferente!

La investigación en cada una de las ciencias es distinta, no solo por su metodología sino también por las normas, medidas y objetos estudiados. Existen diferencias radicales en la investigación física, la matemática, la química, la biológica... Pero todavía más si hablamos de la antropología o la historia, por poner solo dos ejemplos. No podemos saber absolutamente nada de la historia de las naciones examinando un tubo de ensayo, y mucho menos comprender las diferencias culturales entre dos pueblos a través de fórmulas o teoremas. Necesitamos otro tipo de investigaciones, y eso es lo que a veces muchos olvidan. La verdadera ciencia tiene que colaborar con todos los campos, no puede desechar a nadie. De otra manera, corre el riesgo de destruirse a sí misma al abandonar un tipo de investigación que puede darle la clave para comprender lo que existe más allá de los fenómenos físicos.

Aun así, nuestra razón puede llegar a un punto en el que, aparentemente, no caben más explicaciones; o respondemos *no lo sé* como muchos hacen (y se quedan tan tranquilos), o tenemos que seguir adelante a través de cualquier tipo de método diferente. De nosotros depende detenernos en el umbral de lo aparentemente *desconocido* y negarlo todo, o traspasar la puerta que descubrimos abierta de par en par.

¿De verdad existe ese punto? ¡Claro que sí! Podemos llegar a conocer la naturaleza física de las cosas pero no su esencia, por eso necesitamos profundizar en otro tipo de investigación: la esencia de algo siempre está más allá de lo simplemente material. Cuando investigamos el interior de los átomos, hemos descubierto las partículas que hay en ellos y, ¡aun más allá de esas partículas! La mecánica cuántica nos enseña que el movimiento de esas partículas es completamente aleatorio y obedece a *no se sabe qué* fuerzas, e incluso ese movimiento puede alterarse cuando es observado sin que la materia cambie en absoluto. Muchos dicen que la física cuántica nos ha introducido en la espiritualidad, porque estamos delante de la esencia de lo que no podremos llegar a examinar materialmente. Fue tras este descubrimiento que el propio Einstein anunció: *cada día sabemos más y comprendemos menos*.

Comenzando por el principio, ¿cómo nacen las teorías?

Las teorías nacen de la observación de la realidad. Lo curioso es que la palabra *teoría* etimológicamente significa *visión divina*: se deriva de la

¡por todo lo que vivimos y contemplamos! Pero solo a nivel espiritual podemos conocerlo de una manera personal, como vamos a ver más adelante.

palabra griega “Theos” (Dios), porque los griegos decían que cualquier tipo de ciencia se derivaba de la contemplación del Creador y de la observación de la realidad que Él había creado. Actualmente, el proceso de investigación tiene que ver con la formulación de una hipótesis sobre los hechos que estamos observando. Esos hechos son los que nos ayudan a confeccionar la teoría, porque mientras los investigamos nos van *enseñando* las leyes que los rigen, las razones de sus movimientos, los efectos que causan, etc. El método científico sigue ese proceso: hipótesis, examen y/o experimentación de datos y evidencias, explicación de las evidencias, certificación o modificación de la hipótesis inicial, nueva experimentación si fuera necesaria, certificación definitiva, teoría, explicación de los hechos, y seguir con nuevas hipótesis, si fuera necesario. El problema es que gran parte de la ciencia se basa en la repetición de los hechos (las leyes naturales se repiten y los fenómenos naturales suelen reaccionar de la misma manera), pero algunos eventos (como el origen del universo, por poner solo un ejemplo), son irrepetibles.

Por otra parte, jamás debemos olvidar que los hechos son independientes de nuestras teorías. Muchos pueden (y de hecho lo hacen) teorizar sobre los hechos, pero por muy buena que sea una teoría siempre tiene sus limitaciones, por una razón tan simple, como que nadie conoce el futuro: simplemente podemos asegurar que, bajo las mismas condiciones, y hasta el momento actual, el resultado siempre ha sido el que hemos observado. Ese detalle nos descabalga de cualquier posición arrogante; en primer lugar porque nosotros no somos los que hemos creado el orden existente: ya estaba aquí cuando llegamos. En segundo lugar, porque aunque confiemos plenamente en la fidelidad del orden establecido y de las leyes naturales que lo fundamentan, no podemos controlar lo que sucederá en la naturaleza en los próximos meses o años. El problema actual del llamado calentamiento global nos enseña que estamos desestabilizando nuestro ecosistema de tal manera, que la naturaleza ya no reacciona como fue *programada*. Aunque no lo esperamos ni lo deseamos, nadie puede asegurar que las leyes naturales no podrían desordenarse en cualquier momento, por circunstancias que no conocemos o, simplemente, porque la inteligencia que las ha diseñado podría cambiarlas *sin nuestro permiso*.

Al formular una teoría, debemos recordar lo que dijimos anteriormente, que no podemos aplicar los modelos científicos a todos los campos. Un modelo teórico que funciona en la física, puede no ser correcto para las matemáticas ni útil en el estudio de las enfermedades o el comportamiento social, donde no podemos repetir un fenómeno, e incluso pudiendo hacerlo, no se repetirán las mismas condiciones. Todo método científico se origina en indicios o postulados que necesitan verificarse: indicios que serán creencias más tarde, cuando puedan ser apoyadas por razones objetivas. Eso es lo que debemos hacer en cuanto a la existencia de Dios, tenemos

que confiar en las conclusiones a las que llegamos, tanto en los procesos naturales como en el campo espiritual. Por si fuera poco, y como veremos más adelante, las conclusiones sobre los procesos naturales dejan de ser materiales cuando las expresamos y las entendemos en términos que no son medibles dentro de nosotros: pensamientos, razonamientos, postulados, creencias, etc.

Esa es una de las razones por las que algunas teorías son simplemente descriptivas: nos dicen cómo es la realidad, pero no pueden ser explicativas porque no podemos llegar al fondo de lo que estamos estudiando. En la mayoría de las ciencias sociales es así: no sabemos las motivaciones que tuvo una persona para hacer algo, simplemente podemos describirlo y clasificarlo bajo determinados parámetros. Los sentimientos, el carácter, los deseos, etc., de los sujetos nos obligan a reconocer que detrás de una reacción, puede haber un mundo de posibilidades diferentes. Nuestra razón está y estará siempre limitada, mal que les pese a algunos.

3. Las impresionantes capacidades de la razón: la mente va más allá de nuestro cerebro

Aun con sus limitaciones, muy pocos hablan de la capacidad de la razón para ir mucho más allá de lo que podemos observar con nuestros sentidos. ¿Por qué podemos hacernos preguntas sobre la realidad? ¿Y sobre lo irreal e imaginario? ¿Cuál es el motivo por el que nuestra mente puede pensar sobre acciones, palabras y situaciones que nunca hemos vivido, e incluso que no existen? ¿Quién puso dentro de nosotros no solo la necesidad, sino también la capacidad de argumentar sobre las ideas? ¿Por qué formulamos y comprendemos razonamientos abstractos que se apartan completamente de lo material? Piensa en lo que está ocurriendo mientras lees este párrafo, ¿cómo puedes estar razonando conmigo y entender perfectamente estas preguntas si nunca nos hemos visto antes, ni nos conocemos? ¿Tiene que ver con el lenguaje? ¿Es solo porque las realidades materiales que llamamos palabras y que están escritas en este libro pueden desarrollar dentro de nosotros reacciones que van más allá de lo material? ¿Por qué, entonces, las palabras evocan razonamientos y sentimientos? ¿Por qué estás pensando qué me responderías si estuvieras hablando conmigo, si yo tampoco te he preguntado sobre eso? ¿Hay una conexión oculta entre tú y yo? Sigues leyendo porque entiendes lo que escribo (¡eso espero!) y haces un esfuerzo para comprender los pensamientos que estoy plasmando, pensamientos que están en algún lugar de mí mismo, pero que puedo hacer llegar a ti por medio de signos codificados que ambos podemos entender. ¿No es ese proceso completamente *espiritual*? ¡Desde luego, va mucho más allá del papel y la tinta que tienes en tus manos!

Lo realmente importante está sucediendo dentro de mí y dentro de ti mismo, ¿en nuestro cerebro? No estés tan convencido de que se trata solamente de eso, porque estas palabras están despertando en ti emociones, razonamientos, pensamientos y reacciones que van mucho más allá de todo lo que está escrito, e incluso de lo que piensas. Es más, diría que al leer alguno de los párrafos, has *sentido* y *vivido* emociones que no tenían nada que ver con lo que estaba escrito y que, por un proceso absolutamente extraordinario, te han llevado a pensar en situaciones a las que no habías decidido llegar de ningún modo. Eres tú mismo el que está viviendo este momento, y nadie puede hacerlo de la misma manera que tú. Por eso debemos distinguir nuestra mente, de nuestro cerebro. El cerebro está localizado en un lugar concreto, con unas funciones muy determinadas; la mente alcanza a todo nuestro ser, tanto física como espiritualmente. Los naturalistas dicen que el cerebro es simplemente un órgano físico, pero nuestros pensamientos, razonamientos, decisiones, etc., están localizados en *todo* nuestro cuerpo, no solo en un órgano determinado: la mente va más allá de lo físico. Por eso tenemos que reconocer que la razón tiene la capacidad para adentrarse, aunque sea de una manera muy rudimentaria, en el mundo de lo espiritual: aunque *bien pensado*, ¿no estamos razonando juntos en todo este párrafo de una manera espiritual?

La habilidad que tenemos para pensar y relacionarnos con nosotros mismos y con los demás expresando nuestros pensamientos, se desarrolla a través de nuestros sentidos, pero va mucho más allá de lo que podemos recibir de ellos. Todos los procesos que suceden *dentro* de nosotros son imposibles de medir, ¡incluso para nosotros mismos! Nuestra mente interactúa con nuestros sentimientos, actitudes, motivaciones, decisiones, etc., de una manera extraordinaria, pero se sabe que no son la misma cosa. Es nuestro *yo* por entero el que está sumergido en el razonamiento (física y espiritualmente) como vamos a ver más adelante. Por ahora necesitamos seguir donde lo dejamos: ¿Cuál es la razón por la que puedes estar de acuerdo o en desacuerdo conmigo? ¿Quién nos dio esa capacidad? ¿Apareció en cada uno de nosotros por azar? No podemos despreciar ese vínculo que va más allá de lo racional, de lo contrario no solamente estaríamos defendiendo principios ilógicos, sino que nos volveríamos inhumanos, porque solo los seres humanos pueden pensar, reflexionar, deducir, etc. No solo individualmente, sino también *interactuando* con sus semejantes.

4. La razón se ha convertido en un dios. ¿Puede llegar a dominar a quien la creó?

Los naturalistas defienden que la mente es un producto de la materia, por lo tanto, el pensamiento surgió de lo material. Defender que el proceso es

ese, significa que estamos creyendo lo contrario a lo que el método científico nos demuestra en cada momento: que son la ideas y la mente las que pueden moldear la materia. ¡No es la materia la que da origen a las ideas! Defender que las leyes naturales son la base de todo, significa colocar el mundo absolutamente al revés, aunque no nos demos cuenta de lo que estamos haciendo, y terminemos por engañarnos a nosotros mismos, porque los argumentos de la razón no son materiales. Las leyes de la lógica, los pensamientos, la comprensión, las deducciones, el pensamiento abstracto, etc., son sobrenaturales, van más allá de nosotros mismos; de hecho, recuerda que nuestras ideas, razonamientos, e incluso nuestros sentimientos, permanecen en otras personas cuando nosotros nos hemos ido.

Es nuestra razón la que llega a dominar la naturaleza en muchos sentidos, como por ejemplo, llegar a *vencer* algunas de sus leyes, curar la mayoría de las enfermedades, conocer y predecir las inclemencias del tiempo, cambiar el código genético de plantas y frutas, etc. Si realmente lo natural fuera lo único que existiera, de ninguna manera nuestra razón podría dominar a quien la *creó*. Ningún ser vivo puede hacer eso, nuestra razón tiene que provenir de otro nivel.

Esa capacidad para investigar, comprender el universo, y llegar a teorías y conclusiones es objetivamente buena; pero es solo un medio para conocer y transformar el mundo. No es un fin en sí mismo ni puede *dominarlo* todo. El conocimiento no satisface plenamente nuestra vida, necesitamos algo más. Aunque a algunos les suene a lenguaje bíblico, la razón es un medio para llevarnos a la *adoración*: admiramos lo que conocemos y amamos, y eso nos ayuda a vivir de una manera diferente, ya que tomamos decisiones siempre pensando en como satisfacer esa necesidad de asombrarnos y amar, ¡incluso cuando nuestro amor está dirigido a algo equivocado! Si la razón termina por ser nuestro dios, haremos del conocimiento el objetivo último de nuestra vida, anhelaremos tener más sabiduría y, de esa manera, jamás encontraremos el final del camino, ¡porque es imposible conocerlo todo!

Hablamos de la razón como un *dios*, porque para muchos el método científico es un absoluto. La ciencia es la esperanza del ser humano porque logrará solucionar la mayoría de los problemas; es la clave para el progreso de la humanidad. ¿Inmortalidad? ¡Claro! ¿Curación de todas las enfermedades? ¡Desde Luego! ¿Paz y prosperidad para todos? ¡Sin ninguna duda! Tan solo necesitamos tiempo para lograrlo porque el conocimiento nos dará las herramientas para hacerlo. El mayor problema es que esa esperanza está basada en una razón finita: se piensa que la rapidez del avance científico nos hace ser optimistas en cuanto al futuro, pero lo que realmente conseguimos es descubrir nuestra ignorancia y la complejidad de lo que nos rodea. Sabemos muchas más cosas que hace treinta años, pero lo que conocemos nos lleva a hacernos muchas más

preguntas que hace treinta años. Cualquier persona de ciencia admitiría que en esas variables nos vamos a seguir moviendo en el futuro.

Como anunciamos más arriba, necesitamos seguir investigando por todos los medios, sean materiales o no. Imagínate que se descubriera que un determinado tipo de pensamientos pudiera vencer el cáncer, y que el hecho de imaginar el color azul trajera sanidad, ¡todos buscarían cómo interrelacionar esa emoción con su cuerpo!² ¿Cuál es el problema? Muchos creen que, *lo que la ciencia por medio del método racional no puede saber, la humanidad jamás llegará a conocerlo*. Eso es reducir toda posibilidad de conocimiento al método científico como tal, coartando por lo tanto cualquier otro tipo de investigación. Las ciencias humanas, la propia medicina, la historia o la filosofía deberían desaparecer si seguimos esos criterios simplemente naturalistas.

Podemos poner otro ejemplo: *Amazing Grace* es la canción de la que más versiones se han grabado en toda la historia de la música: un físico podría explicarnos las ondas sonoras que la producen; un matemático nos diría las leyes que hay detrás de las armonías, y un experto musical nos explicaría la repercusión de la melodía que estamos escuchando, en la historia; pero nadie podría explicar la razón por la que John Newton la compuso, ni las emociones que se desatan dentro de nosotros al oírla, ni los miles de reacciones diferentes que puede ocasionar esa canción en miles de personas diferentes, ni ¡mucho menos! las decisiones que algunos pueden tomar después de escucharla. Todo eso queda fuera del ámbito del método científico, así que son las personas que lo experimentan, las que tienen que explicarlo, de otra manera no conoceríamos nada. El propio Albert Einstein afirmó en una entrevista que: *sería posible describir todo científicamente, pero no tendría ningún sentido; carecería de significado el que usted describiera a la sinfonía de Beethoven como una variación de la presión de la onda auditiva*³.

Los límites del método científico

La salida a este laberinto pasa por defender otras vías que vayan más allá del propio método científico: buscar todas las hipótesis posibles en todos los campos posibles, y después del estudio cuidadoso de los datos, decantarnos por la hipótesis más racional. Lo que no debemos hacer es usar ese método para todo, menos para lo que no nos conviene. Por ejemplo, se

2 Solo a modo de ejemplo, y aunque algunos no quieran admitirlo, se han realizado docenas de investigaciones médicas en las que se demostró que los pacientes que creen en Dios activan *procesos de curación* porque viven la enfermedad de una manera radicalmente diferente, comparados a aquellos que no creen. Ese simple detalle nos tendría que llevar a considerar la influencia de Dios en la vida de las personas, abriendo un nuevo tipo de investigación para llegar a conocerle.

3 <https://www.literato.es/p/MTQ0Nw/>

defiende que: *todo lo que comenzó a existir tiene una causa*; nuestra metodología asegura que ese principio es válido siempre. ¡No podemos aplicarlo absolutamente a todo menos a nuestro origen! Es, cuando menos, curioso que Nietzsche, Marx, Freud, y otros pensadores en los que muchos se apoyan para negar la existencia de Dios, defiendan que la razón es una facultad que no es digna de confianza porque es una capacidad evolucionada (tal como lo expresó el propio Darwin), así que la conclusión a la que llegamos es definitiva: ¿rechazamos por la razón aquello que no podemos demostrar por medio de la razón, teniendo en cuenta que no podemos confiar en la razón? ¡No tiene ningún sentido!

Si afirmamos que el método científico es la única manera de conocer la realidad, tenemos que demostrar esa afirmación; y, si solo podemos hacerlo de una manera racional, la misma ciencia se constituye juez y parte en el asunto. Se trata de un círculo vicioso del que no podemos salir, porque solo podemos verificar los principios científicos a través del mismo método científico. A esto tenemos que añadir que no podemos hacer un número infinito de comprobaciones para saber si algo siempre va a reaccionar de la misma manera: imaginemos que alguien dice que no existen los gorilas blancos, ¡durante cientos de años la ciencia certificó que era así! Hasta que alguien se encontró con el famoso *Copito de nieve* que fue durante mucho tiempo la *insignia* del zoológico de Barcelona. Lo que era una ley universal de repente se desmoronó y, con ella, todo se vino abajo⁴.

Por otra parte, en la base del método científico defendemos que los efectos que vemos ahora, son producto de las mismas causas que observamos en este momento: de otra manera no podríamos saber nada sobre el pasado. Si ahora todo tiene una causa, tiene que haberla tenido también en el pasado. Defender que algo surge al azar (sin ninguna causa externa), implica romper todo el procedimiento científico justo en el momento más importante: el primero. Como veremos en otro capítulo, no podemos afirmar que el universo apareció al azar al principio, y a partir de ese momento, toda la información que ha surgido es perfecta y causada. Imagina que en un lugar inexplorado del Amazonas, el ser humano llega por primera vez y, de repente, ve tulipanes en un pequeño prado, sembrados en una figura perfecta con cada color determinado, formando

4 Podríamos poner cientos de ejemplos diferentes en cuanto a qué sucede cuando enfrentamos lo desconocido, y cómo las leyes universales que nosotros defendemos pueden, en ocasiones, caer por su peso. Cuando Cristóbal Colón, y otros descubridores llegaron a América, la sorpresa de los nativos al ver cajas que venían del mar con personas dentro, fue monumental. Tardarían tiempo en asumirlo, así como en comprobar que aquellos seres que luchaban contra ellos protegidos por armaduras, eran seres humanos y no dioses. El hecho de que no existieran *en su mundo*, ni pudieran razonar sobre su existencia, no quiere decir que no fueran reales.

el dibujo de la bandera de un determinado país. Inmediatamente todos dirán que un ser humano (quizás nacido en ese país), estuvo allí antes. ¿Por qué? ¿No pudo ser que algunas semillas llegaran a aquel lugar por otro medio? ¿Qué la propia naturaleza lo hiciera así? Es impresionante escuchar los argumentos que a veces defendemos, porque algo tan sencillo como encontrar tulipanes en un lugar que no es normal, nos lleva a la conclusión de que tuvo que existir un agente inteligente para diseñarlo, pero jardines enteros, bosques, vegetación, (¡toda la naturaleza!), muchos siguen afirmando que surgieron al azar.

Además, estamos hablando no solo del principio y el desarrollo de lo natural, sino también del funcionamiento diario de las leyes y las consecuencias de esas leyes. Para seguir la argumentación necesitamos un ejemplo de un rango diferente: Estoy haciendo un guiso en la cocina, y tú llegas a la una del mediodía para ver cómo va y compruebas la temperatura del agua, lo que hay dentro de la tartera, y mides el tiempo de cocción. Vuelves a la una y cinco, a la una y diez, y una vez más a la una y cuarto, para verificar que la temperatura sigue constante desde hace quince minutos, así que desarrollas una teoría *probada* en cuanto a la hora exacta en la que coloqué cada alimento en la olla, cuando comencé a preparar el plato y cuándo estará listo para la comida. Eso es lo que el método científico puede decirnos en este momento en cuanto a lo que ha sucedido en la tierra, en el pasado. Lo que nadie sabe es que el gas de mi casa falló de una menos diez a una menos cinco, así que durante esos cinco minutos no pasó nada, y además veinte minutos antes coloqué la tartera en el fuego cuando lo encendí, pero una llamada telefónica muy importante hizo que lo apagase, para encenderlo más tarde. Por otra parte, tampoco sabes que justo antes de que llegara, bajé la temperatura de cocción, porque me encanta hacer los guisos *a fuego lento*.

Sé que algunos pueden dudar de mi ejemplo, porque el examinador *solo* ha podido medir en cuatro ocasiones el proceso de mi guiso, pero a esas mismas personas me gustaría recordarles que las mediciones que tenemos ahora mismo, de todo el universo, son mucho menores, dado que estamos hablando de los últimos doscientos años, en un sistema solar que *aparenta* haber existido durante miles de millones de años. ¿Ese sistema solar siguió las leyes naturales siempre de la misma manera? Es posible, pero nadie puede asegurar que sea así. ¡Con cuatro mediciones, mi guiso tiene muchísima más fiabilidad de lo que sabemos en cuanto a la historia del universo!

Lo aparentemente ilógico, puede ser absolutamente real

Por otra parte, como hemos visto más arriba, en los últimos años, el método científico se encuentra también con el *problema* de la mecánica cuántica: la gran mayoría de los físicos nos explican que estamos intentando

comprender lo que ocurre dentro de los átomos de acuerdo a las leyes que conocemos, pero nos estamos encontrando con *mundos* nuevos en donde todo lo que habíamos demostrado parece no tener sentido. Eso implica que algunas de nuestras observaciones pueden no ser correctas (¡de hecho, sabemos que los datos pueden variar cuando hay un observador!) y, por lo tanto, nuestras conclusiones pueden no ser correctas. Aquellos que pretenden explicar lo que está sucediendo, nos dicen que lo que descubrimos se opone completamente a la *razón*, no solo por la dualidad onda/partícula de los componentes interiores del átomo, sino también por el hecho de que muchos de ellos puedan estar en varios lugares, ¡en el mismo momento! El sentido común nos dice que es imposible, pero la física nos demuestra que sí lo es⁵. En el interior de los átomos nos encontramos electrones, protones, e incluso partículas más pequeñas que tampoco pueden ser observadas, pero se sabe que están ahí. ¡A nadie se le ocurre afirmar que no *existen* porque no puedan ser *comprobados*!⁶.

Estamos hablando de los límites del método científico como tal: para examinar la estructura o el funcionamiento de algo material, prever qué pueda suceder, o simplemente explicar las motivos que hacen que actúe de una determinada manera, tenemos que ir a la ciencia; pero si queremos explicar las causas del funcionamiento de la materia, el origen de las leyes naturales, las decisiones que alguien toma o las motivaciones que le llevan a tomar esas decisiones, tenemos que usar otro tipo de métodos que la antropología, historia, sociología, psicología, medicina e incluso la filosofía pueden darnos. La ciencia no tiene la capacidad para hablar del sentido de la vida, ni de ninguna de las cuestiones fundamentales de la existencia, porque no son su objeto de estudio. Si defendemos (como debe ser) que la ciencia no puede detenerse, esa necesidad de investigar (el llamado *espíritu científico*, llegar al fondo de todo), tiene que sobrepasar el método empírico. De hecho, el naturalismo puede ser el mayor enemigo de ese *espíritu*, porque nos impide ver más allá de lo observable materialmente, y la ciencia por definición tiene que seguir adelante, a veces, incluso a *ciegas*. Tenemos

5 Es curioso que la mecánica cuántica nos esté enseñando que ir contra el *sentido común* no es algo anticientífico. Eso puede ocurrir cuando hablamos de ciertas cualidades de Dios, como por ejemplo, el hecho de que exista en tres personas diferentes; que viva fuera del tiempo y del espacio; que su energía sea infinita, etc. Cuando intentamos describir la eternidad, o cuando nos adentramos en otros temas más o menos *espirituales*, puede parecernos que vamos en contra de la *razón*, pero eso no quiere decir que no sea real lo que estamos descubriendo.

6 Una vez más, no podemos usar el argumento que muchos defienden en cuanto a que Dios no existe porque no puede ser demostrada racionalmente su existencia. De una manera muy clara podemos ver las consecuencias de sus acciones en las vidas de muchísimas personas. No podemos usar esa dualidad de criterios para admitir algo en la física cuántica, y decir que es imposible cuando argumentamos sobre la existencia de Dios.

que seguir investigando por la vía que sea. Por ejemplo la ciencia médica avanza, no solo por la repetición de los hechos, sino por la investigación: primero en animales y después en personas, porque muchas veces nos enfrentamos a enfermedades desconocidas. Incluso, en algunas ocasiones (como en el caso de las pandemias), no hay tiempo para experimentar: se necesitan nuevos métodos y nuevos caminos, de tal manera que hay que correr ciertos riesgos, pero, ¡esa investigación es la que salva vidas! El hecho de no tener ideas preconcebidas (que muchos defienden que son la base de la ciencia) es lo que da nueva luz a la investigación y nos ayuda a mejorar.

Un detalle más: las leyes de una determinada ciencia pueden llegar a ser contradictorias si intentamos aplicarlas en otra diferente: no hay un *punto común* entre ellas. Por ejemplo, en matemáticas *el orden de los factores no altera el producto*, pero en química aplicar esa ley puede causar la muerte. Necesitamos descubrir las leyes de cada una y comprender que tratarlas de la misma manera es imposible. Ese simple hecho nos está explicando mucho más de lo que algunos naturalistas quieren admitir: cada ciencia no puede haberse desarrollado de una manera independiente, tanto en sus leyes como en nuestra investigación de ellas, tiene que existir un Creador que las haya diseñado de una manera perfectamente diferenciada. Alguien que pueda *verlas* en su totalidad, de tal manera que esas leyes no *luchen* entre sí y puedan coexistir creando un ámbito perfecto para la vida: si no fuera así, sería completamente imposible la existencia del universo.

Por último, jamás debemos olvidar que somos agentes experimentadores: cuando algunos intentan reproducir formas elementales de vida partiendo de aminoácidos y otros caldos de cultivo, tratando de explicar lo que *realmente* ocurrió con el origen de la vida, olvidan un *pequeño* detalle: lo que se ha conseguido ha sido debido a la intervención humana, así que la vida tiene que ser manipulada por un agente inteligente que dirige, controla y manipula. Cada vez que logramos un avance en algún campo de la ciencia demostramos, al mismo tiempo, que necesitamos experimentadores. Si hablamos de cambios genéticos, por ejemplo, sabemos que puede existir manipulación genética, pero ¡alguien tiene que ocasionarla! El método científico, que tanto defendemos, nos obliga a admitir que no pueden ocasionarse cambios de ningún tipo si no existen agentes que los ocasionen.

El método científico no es, por lo tanto, la panacea que lo resuelve todo, primero porque la razón no es el único medio para comprender todo lo que sucede en el universo; y segundo porque las declaraciones de la ciencia sobre la ciencia no pueden considerarse en sí mismas, ¡son una tautología! Al final, sería lo mismo que decir que Dios existe porque existe. Si algunos quieren atacar ese tipo de *razonamiento circular*,

¡deberían tener cuidado para no caer en él! ¡La ciencia no puede demostrar, *por su propio método*, que ella es la única fuente de conocimiento! Filósofos como Hume intentaron *escapar* de ese problema explicando que solo existen dos tipos de verdades:

Las que lo son por definición (como los axiomas matemáticos).

Las que pueden demostrarse por medio del método científico.

Suena perfectamente lógico, pero la falacia está en que no se pueden mantener ninguno de los dos tipos: en primer lugar porque los principios matemáticos o los axiomas considerados como fundamento del método científico deben probarse. ¡No siempre resultan ser verdad! Por poner un ejemplo muy simple, siempre se defendió que la distancia más corta entre dos puntos era la línea recta, hoy se sabe que no siempre es cierto. Por poner otro ejemplo, la física de Newton ha sido superada hoy por la física cuántica con principios que hace solo treinta años parecerían casi imposibles. Solo podremos asegurar algo mientras las condiciones y las circunstancias sean exactas, y aun así tampoco debemos arriesgarnos mucho al afirmar que siempre será así. A veces la ciencia puede decir que algo es verdad solo para descubrir, cuando aparece una circunstancia desconocida, que esa teoría no tiene sentido.

Y, como hemos visto, la falacia del segundo ítem es todavía más clara. No podemos afirmar que *el método científico es el único que puede llevarnos a la verdad en una materia determinada*, porque esa misma afirmación ¡no puede ser probada por el mismo método científico! No se puede defender porque es una contradicción palpable ¡La ciencia no puede probarse a sí misma! El método científico no puede demostrar que sus postulados son verdaderos por medio de su propio método.

Las conclusiones lógicas a las que podemos llegar: la razón como un regalo de Dios

Llegamos juntos hasta aquí, así que, aunque no estés de acuerdo conmigo, déjame decirte que la Biblia explica que Dios es el origen de nuestra capacidad para razonar, porque nos hizo semejantes a Él: el Creador de las leyes de la naturaleza quiso que pudiéramos parecernos a Él, no solo para comprenderlas, sino también para *someterlas*. Nuestra capacidad para razonar es un regalo suyo. Nadie creía eso cuando la Biblia fue escrita: los dioses tenían comportamientos *locos*, y hacían lo que querían (eso se pensaba al ver el fuego, las tempestades, los truenos, las lluvias, etc.), de tal manera que al ser humano le era difícil *razonar* sobre lo que existía. En ese momento, y en uno de los primeros libros que se registran en la historia de la humanidad, el Pentateuco (hace más de cuatro mil años), Dios dice que

hay que amarle *con toda la mente*⁷; es decir, llegar hasta lo más profundo de la razón para que nuestra razón esté implicada en el amor al Creador.

Dios nos regaló la razón no solo para conocerle a Él, sino también para investigar el universo. Desde el principio de la historia de la humanidad, Él fue la garantía para el saber, para la epistemología, y para llegar a la metafísica, porque sabemos que la física como tal necesita tener un fundamento en el *mundo* de las leyes. Si rechazamos a Dios, ¿dónde encontramos aquello que mantiene todo en su lugar? ¿En las mismas leyes? ¿Se sostienen por sí mismas? No podemos descansar en la *nada*, como implicaría seguir el método científico paso a paso ¡hasta llegar a lo realmente importante, el origen y la base de todo! Ese salto al vacío nos deja sin ninguna posibilidad de seguir hacia ningún lugar: nos conformamos con mirar el *reloj* y estudiarlo sin preocuparnos en absoluto la razón por la que existe y quién lo construyó. No queremos reconocer que el universo sigue ahí existamos nosotros o no, que las leyes del universo seguirían siendo las mismas aunque nosotros no estuviéramos presentes. La razón necesita encontrar las leyes que sostienen el universo, o al menos inferir que esas leyes permanecen mientras las estudiamos, hasta que llegemos a comprobar si hay otras leyes superiores a esas, o si las que habíamos enunciado eran incorrectas. Aun en el caso en que se demuestre que algunas de esas leyes no eran como pensábamos, necesitamos volver a confiar en otras nuevas para que nuestra razón y nuestros sentidos no enloquezcan... y eso es imposible sin un Creador.

El problema de defender la razón por medio de la razón

Si la racionalidad humana no tiene ningún fundamento válido aparte del pasado evolutivo, ¿por qué tenemos que confiar en ella? Ninguna teoría naturalista por sí misma puede explicar el surgimiento ni el fundamento de la razón, por eso Hawking y otros físicos afirman que la filosofía ha muerto. ¡El problema es que con ella se muere la razón también! Solo podemos acceder a la verdad si usamos la razón; pero no existe ninguna manera de demostrar que, evolutivamente, desarrollamos una razón capaz de comprender el universo, desvelar las teorías matemáticas, o simplemente ser conscientes de lo que hacemos y decimos, ¡no existe razón de nada!

La conclusión es obvia: no podemos defender la razón por la razón: necesitamos algo o alguien exterior a ella, o la justificación para debatir deja de tener valor. La única manera de que los argumentos sean válidos es que

⁷ Jesús se refiere a ese mandamiento, escrito en el libro de Deuteronomio, cuando dice: *Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas* (Marcos 12:30).

algo externo a ellos los sustente. Siempre tiene que haber una referencia externa, incluso en el caso de que hablemos de una realidad individual. Si no es así, estamos permanentemente sometidos a un engaño. Imagina que yo digo que he marcado cincuenta tiros libres seguidos en el campo de básquet que hay cerca de mi casa; tienes dos opciones, creerlo o no, pero no puedes estar seguro de ninguna de las dos opciones, salvo que haya por lo menos un testigo fiable. Es un ejemplo simple, pero ¿qué podríamos hacer en todas las ocasiones en las que nuestra vida depende del conocimiento de ciertas circunstancias? ¿A quién hacemos caso? Si no hay referentes externos válidos, todo se viene abajo, porque la fe que tendríamos que ejercer no tendría validez racional alguna.

Si no existe un referente externo, podemos discutir sobre conceptos (porque existen conceptos diferentes), y podemos responder intelectualmente a esos conceptos y disentir de otras personas, ya que no existiría un pensamiento único: todas las ideas tendrían el mismo valor. En ese sentido, no se puede defender que nadie puede estar absolutamente seguro de lo que está afirmando, y aplicarlo a todo en la vida, menos al conocimiento de Dios. En último caso, deberías decir *probablemente Dios no existe*, cosa que muchos han hecho (¡No pueden atreverse a más!) pero que no pueden certificar. Sería lo mismo que afirmar: *probablemente Jaime no marcó cincuenta tiros en su entrenamiento de básquet* pero ¿y si lo hice? ¿Te jugarías la vida por defender esa afirmación?

Algunas teorías científicas pueden parecernos más razonables que otras, no porque estén demostradas, sino porque sus fundamentos nos convencen más. Si no existe un referente externo a la razón, no podemos ir más allá de esa afirmación: no podemos decir que creer en Dios es irrazonable o que no puede demostrarse, porque gran parte de la ciencia vive bajo los mismos parámetros. Recuerda lo que hemos visto sobre la física cuántica, en la que se van adoptando nuevas teorías, aunque a veces lleguen a ser casi incomprensibles o se enfrenten a la razón. Una vez más, si no existe un referente externo, cualquier idea puede defenderse como razonable y válida, incluida la existencia de Dios. Así que, más vale que los que defienden que Dios no existe, encuentren ese referente externo a ellos.

La razón también nos enseña que la falta de evidencias no implica que algo no sea real: Las evidencias revelan que un suceso o fenómeno está ahí, pero de la ausencia de ellas no se deriva la inexistencia de un determinado fenómeno. Científicamente hablando no podemos argumentar que algo que no vemos o no conocemos no puede existir. La ciencia vive de la investigación de lo que no conoce; negarlo es simplemente morir. Eso ocurriría con una enfermedad que está oculta, pero no la *vemos* hasta que sus consecuencias son terribles.

Crear lo improbable, la diferencia con lo imposible o lo increíble

Algunos defienden que creer en Dios implica entrar en el mundo de lo imposible o lo increíble, y no es cierto. Es más, lo que sí podemos afirmar es que, dejar de lado a Dios en cuanto a nuestra existencia, significa entrar en el terreno de lo improbable. Como veremos en uno de los últimos capítulos, en ese sentido, tanto religiosos como ateos beben de la misma fuente. El profeta lo definió perfectamente al escribir: *A un trozo de madera le dicen: "Tú eres mi padre", y a una piedra le repiten: "Tú me has dado a luz". Me han vuelto la espalda; no quieren darme la cara. Pero les llega la desgracia y me dicen: "¡Levántate y sálvanos!"*⁸. Unos, los religiosos, inventan dioses naturales o imaginarios de madera, de piedra, o incluso etéreos, ante los cuales postrarse y adorar, porque han llegado a la conclusión de que son ellos quienes los han creado. Otros, defienden los procesos naturales como la fuente de la vida, sin necesitar a ningún Creador, porque esos procesos *son* sus dioses. En ese sentido, la humanidad no ha avanzado tanto como creemos; el motivo de nuestra adoración sigue siendo el sol, la luna, las estrellas, las galaxias, el universo, las leyes o la Naturaleza con mayúscula. Los religiosos adoran para impresionar a sus supuestos dioses; los que defienden que Dios no existe, para encontrar una razón al pensar en su propio nacimiento y el significado de sus vidas. En ambos casos, el Creador es puesto a un lado porque otro *dios* nos conviene más, la naturaleza⁹.

Como iremos viendo a lo largo de diferentes capítulos, el Creador se hace evidente, sobre todo, de un modo espiritual, así que no podemos culparle a Él si nuestra razón (en parte), no ha podido llegar a dónde está. Dios está presente y no está callado, en la naturaleza, la historia, la cultura, la vida de muchas personas, la conciencia, etc., pero además, sigue ofreciéndonos la entrada a un mundo espiritual en el que las evidencias son mucho más claras. No podemos reaccionar diciendo: *no me interesa y prefiero no hablar de ese tema*, porque eso significaría cerrar las puertas de la investigación. O nos comprometemos con la realidad y buscamos la verdad por todos los medios posibles, o caemos en la irracionalidad y los prejuicios, por muchos títulos que tengamos o por muy sabios que aparentemos ser. Como decía más arriba, esa actitud sería la misma de cualquier persona que no quiere ir al médico ni hacerse un chequeo, creyendo que así no tendrá ninguna enfermedad, hasta que llega el día fatal en el que su salud ya no tiene remedio. En cualquier situación de la vida, decir que algo no nos preocupa,

8 Jeremías 2:27.

9 Mientras pensamos en lo que está sucediendo, no estaría de más recordar lo que está escrito el final de la frase que leímos en el texto bíblico del profeta Jeremías: cuando todos se encuentran en apuros, suelen pedirle a Dios que se levante (esté donde esté), y les salve ¡aunque no crean en Él! Pero bueno, como solemos decir, *eso es otra historia*.

no elimina sus consecuencias. Por eso, si defendemos que *Dios debería haber sido más claro para que yo le creyese*, lo hacemos solo para enmascarar nuestra huida hacia delante, porque sería lo mismo que afirmar: *el gobierno debería hacer más campañas para mejorar la salud*, sin preocuparnos nunca de la nuestra. Dios sigue estando ahí, y las consecuencias de ignorarlo seguirán con nosotros, hagamos lo que hagamos y pensemos lo que pensemos. Decir *yo no elegí una vida así*, no cambia nada, de la misma manera que no altera para nada mi realidad que yo diga: *no elegí nacer en Ourense, o tener tales padres, o haber ido a tal colegio de pequeño*. No solo no hay manera de volver atrás, sino que tampoco tenemos ningún derecho a quejarnos por lo que ha sucedido. Eso es algo que nuestra razón comprende perfectamente: la realidad existe independientemente de que nosotros la aceptemos o no.

5. Las evidencias de la fe

¿Recuerdas lo que hablamos al principio en cuanto a la razón, las creencias y la fe? Todos tenemos fe y vivimos por fe, seamos creyentes o no. Ejercemos nuestra fe en objetos que usamos cada día: los medios de transporte, las medicinas, aparatos eléctricos, etc., y también en hechos relacionados con otras personas, como cuando esperamos que lleguen los primeros días del mes para que paguen nuestro salario.

Pero también confiamos en otras personas, ejerciendo nuestra fe en lo *desconocido*, como por ejemplo, su amor por nosotros, basándonos en evidencias que no podemos medir: el cariño, su manera de comportarse, su honor, etc. Fuimos diseñados para tener fe y establecer nuestra confianza en otros, aunque esa situación muchas veces tenga muy poco que ver con nuestra razón; de ahí la conocida frase: *el corazón tiene razones que la razón desconoce*. Es imposible vivir de una manera exclusivamente racional: nuestro conocimiento se obtiene en base a mediciones, observaciones, exámenes, estadísticas, etc. Esas *mediciones*, las registramos en nuestro entendimiento estableciendo principios y leyes, de tal manera que lo material entra dentro de lo racional; pero cuando queremos conocer a alguien de una manera personal, lo hacemos por otros medios: no nos bastan las mediciones de su cuerpo o sus órganos. En ese caso, el conocimiento es completamente diferente, porque lo que nos interesan son las reacciones, los sentimientos, las ideas, las actitudes, etc., todo lo que tiene que ver con un mundo muy diferente a lo que esa persona es *materialmente*. En las relaciones personales nos adentramos en lo *espiritual*, porque incluso el trato no depende solamente de lo que esa persona siente o piensa, sino también de nuestras reacciones hacia ella.

Por eso, cuando hablamos de fe, intuición, memoria, percepción, incluso empatía, estamos definiendo medios que pueden ser considerados

menos exactos que los racionales, pero que están ahí, y no solo hay que contar con ellos, sino que no pueden ser subyugados por la razón porque no son inferiores ni contrarios a ella. Pueden llegar a afirmarla e incluso confirmarla en situaciones en las que esta no encuentra una salida.

En ocasiones los argumentos van más allá de la razón, y entonces debemos ejercer la fe. ¿Cómo explicarlo? Si vas al huerto de mi padre, encontrarás tomates. Si nadie sabe lo que ha ocurrido, puede decirnos que las semillas de los tomates fueron sembradas y por eso surgieron. Es una explicación absolutamente correcta y científica, pero si yo te digo que fue mi padre quién las sembró estamos añadiendo información muy útil que completa la verdad. Es cierto que la anterior ya era verdad, pero con la nueva información llegamos al fondo del asunto. La persona de ciencia haría muy mal en rechazar esa información (la verdad sería siempre incompleta), y el que no quiere admitir la ciencia haría muy mal en rechazar la información del proceso que solo ella puede dar (¡Puedes echar semillas en la carretera y jamás tendrás tomates!). Recuerda que incluso algunas proposiciones matemáticas y físicas no pueden demostrarse directamente sino con argumentos indirectos que certifican su veracidad; como por ejemplo, cuando conocemos que un planeta sale de su órbita normal porque otro planeta o satélite le atrae: no podemos medir lo que sucede, pero sabemos que está ocurriendo al ver las *consecuencias* de la acción.

Por lo tanto, si hay otras vías para llegar a la existencia de Dios (ciencia, sentimientos, historia, lógica, teología, etc.), debemos estudiarlas con el mismo entusiasmo; no para desechar la razón (¡eso jamás!), sino para complementarla.

Admitir o no admitir que Dios existe. Nuestra cosmovisión

Con los datos que tenemos, cada persona elabora una cosmovisión en la que sustenta su vida, una manera de ver el mundo sostenida por los principios que cree que son *verdad*, o simplemente de acuerdo a aquello que le conviene: esa cosmovisión obedece a principios y razones que nosotros hemos establecido de antemano. De nuestra *visión* de la realidad depende si vamos a permitir que los hechos que estudiamos (sea en el ámbito que sea), moldeen nuestras ideas en el futuro, o no. Muchos han afirmado que jamás permitirían dejar que surgiese un diseñador en ningún momento de sus investigaciones, porque su cosmovisión lo rechaza: si se entreviera que Dios está ahí, no encargaría con su esquema naturalista del universo y, por lo tanto, iría en contra de su manera de ver la vida, ¡eso no se podría aceptar!

Si en cualquier otro tipo de estudio decidiéramos hacer lo mismo sería un auténtico desastre: imagina que formas parte del cuerpo de policía que

investiga un asesinato, y todas las pruebas apuntan a que el mayordomo es el culpable, pero como no quieres admitirlo (es íntimo amigo tuyo), buscas cualquier salida con tal de que él no sea acusado. En tu *cosmovisión* del crimen no admites un mayordomo asesino, así que cualquier otra conclusión es correcta, ¡las pruebas no importan! El matemático John Lennox cita en uno de sus libros al genetista Richard Lewontin cuando afirma: *tomamos partido por la ciencia a pesar de lo manifestamente absurdos que son algunos de sus planteamientos (...) y de muchos argumentos endebles, y ello es así porque tenemos un compromiso previo con el materialismo*¹⁰. Cuando reaccionamos así, la ciencia pasa a ser el dios en quien creemos, esté o no equivocada. Muchos de los que hablan de la *fe ciega* de los creyentes deberían reconocer que ellos mismos prefieren hundirse en la ignorancia, y en esa misma fe ciega en lo que otras personas dicen, ¡antes de admitir que un ser supremo pueda existir!

La cuestión es que la ciencia, en sí misma, no puede tener una cosmovisión, ¡simplemente nos muestra lo que sucede! Cada vez que las personas de ciencia quieren introducir un credo o una cosmovisión en base a lo que ven, pierden por completo el norte, porque entran en el campo de lo filosófico, intentando sostenerlo con hechos materiales. ¡Y eso que la gran mayoría de los naturalistas siguen afirmando que la filosofía ha muerto! Cualquier categoría moral, o sentido, o significado de la vida, va más allá de los presupuestos científicos¹¹. Por eso la ciencia no puede ser la guía exclusiva de la humanidad, porque no puede darnos un sentido. De hecho, ninguno de nosotros espera que lo haga, porque sabemos que no puede responder a las preguntas que tienen que ver con lo fundamental de la vida: nadie la usa para escoger a su pareja, por poner el ejemplo más simple; es cierto que puede darle algunos parámetros para la elección, pero el amor está muy por encima de todo eso ¡desde luego!

La motivación es la actitud que existe en el corazón, la mente y la voluntad de una persona para llevar a cabo una acción determinada. Los motivos que tenemos dentro de nosotros para conseguir alguna cosa o simplemente para hacer algo suelen ser dirigidos por el valor que le damos a esa persona, situación u objeto, ya sea un valor objetivo o subjetivo. Esa motivación tiene que ver con querer alcanzar un bien último y definitivo

10 <https://www.azquotes.com/quote/543163>

11 Un constructor de coches, por muy bueno que sea, no puede tomar decisiones sobre la vida familiar del conductor o de los ocupantes del vehículo que ha construido. Puede dar ideas sobre cómo conducir de una manera determinada, junto con buenos consejos para que el automóvil pueda durar más, pero no puede hacer mucho más que eso. Incluso si el comprador acaba estropeando el automóvil debido a su manera de conducirlo, ¡no puede hacer nada! En ese sentido, el *conocimiento científico* del equipo que construye un automóvil, no sirve de mucho.

para nosotros, consciente o inconscientemente, porque de acuerdo a ese motivo tomamos decisiones en la vida¹².

Nuestra cosmovisión define nuestra vida: podemos moldearla y reformarla conforme vamos adquiriendo conocimientos nuevos pero, desgraciadamente, casi nadie lo hace. Las personas toman decisiones en razón a sus convicciones, o a lo que creen conveniente para su vida: sus decisiones están marcadas por sus principios (o por la falta de ellos), y por aquello que creen que es importante. Aun así, no podemos demostrar siempre que estamos vivos, salvo para nosotros mismos: si alguien nos exigiera que le demostrásemos nuestra existencia podríamos hablarle y responder a sus preguntas, u otras personas podrían certificar que están con nosotros en este mismo momento, pero no podemos vivir demostrándolo de una manera continua. ¿A dónde queremos llegar?, al hecho de que, aunque no se puedan demostrar continuamente ciertas creencias básicas, no significa que no sean ciertas. Algunos pueden defender que la existencia de Dios es real porque oran, leen la Biblia, creen ver situaciones extraordinarias en las que el Creador interviene, etc. Sé que no se puede demostrar su existencia de esa manera, pero tampoco podemos decir que esa evidencia no es válida, si para millones de personas lo es. Las mismas personas que certificarían que tú existes, defienden lo mismo de Dios, y es obvio que no están locas, ni podemos decir que todo el que afirma que habla con Dios está *fuera de sí*, ¡tendríamos que *eliminar* a la mitad de la humanidad!

Por eso necesitamos seguir haciéndonos preguntas trascendentales, porque de otra manera, creer que sostenemos una postura científica cuando simplemente hemos abandonado la investigación, acaba siendo una de las mayores paradojas del siglo XXI. ¿Existe Dios? *No*, suele ser la respuesta. Lo que hay dentro de nosotros, lo espiritual, ¿de dónde surgió? ¿Es eterno? *No podemos saberlo*, dicen. ¿Tiene algún sentido la vida? *No, simplemente vivimos procesos naturales*. ¿Tienen todas las vidas humanas el mismo valor? *Sí, pero no existe un fundamento objetivo para ello*. Así podríamos seguir durante bastante tiempo y con muchas otras preguntas, porque ese es el tipo de respuestas que recibimos y, aparentemente, ¡todos se quedan tan tranquilos!

Si no tenemos respuestas ni queremos admitir que no las tenemos, es porque no nos interesa otra alternativa: no queremos examinar las evidencias de la existencia de un Creador. La afirmación de que Dios no existe le basta a muchos, ¡sin ninguna otra prueba! Su cosmovisión es limitada, Dios no cabe en ella, ni permiten que nadie les demuestre que pueden estar

12 Creo que no hace falta recordar que algunos objetos pueden no tener ningún valor objetivo para muchos, pero sí un valor casi *absoluto* para una persona, como por ejemplo una foto de un ser querido.

equivocados. Lo curioso del caso es que la gran mayoría de los ateos señalan a los creyentes por defender lo mismo: una cosmovisión cerrada en la que Dios existe y lo controla todo, sin dar más argumentos. De esta forma, el diálogo de *sordos* se eterniza, porque los que no creen en Dios dicen que es *porque no existe*, y los que creen dicen: *porque existe*, sin que se pueda llegar a establecer ningún tipo de metodología básica para fundamentar las dos afirmaciones. No importa que uno de los grupos se haya colocado una bata científica encima de sus razonamientos, porque algunos, defendiendo el método racional, terminan convirtiéndose en personas *irracionales*. El creyente puede llegar a tener dudas e intenta verificar los datos para ver si esas dudas pueden resolverse, pero, normalmente, el ateo no duda nunca, de ninguna manera.

Esa es una de las razones por las que cuando un pensador ateo se *convierte* (usando la terminología cristiana), pasa a ser un entusiasta defensor de la existencia de Dios, y es incapaz de callarse o de mantenerlo en secreto. Después de haber pasado tanto tiempo defendiendo lo que ahora se da cuenta de que es indefendible, y sin poder argumentar contra lo inescrutable, cuando puede hablar de las razones por las que cree en Dios, no solo se encuentra ante un mundo espiritual completamente abierto y nuevo, también se siente así en el mundo racional al que tantas veces había renunciado, sin querer reconocer que lo estaba haciendo.

Por si fuera poco, muchas personas que no quieren creer en Dios, son supersticiosas y tienen creencias espirituales: tocan madera cuando hablan de la muerte, no quieren pasar por debajo de una escalera, no quieren ver ni en pintura un gato negro, etc. Viven de acuerdo a creencias que ellos mismos pueden controlar y que no les comprometen a nada, pero atribuyen propiedades espirituales a objetos materiales, lo que termina siendo una idolatría: si situación es *racionalmente peor* que si creyeran en Dios, porque adoran ídolos que se sabe a ciencia cierta (nunca mejor dicho), que están muertos y no tienen ningún poder.

6. La existencia de Dios, la base para la ciencia

Cuando Descartes dijo: *pienso, luego existo* reveló, en cierta manera, que el punto de partida de nuestra existencia es la misma duda. Si podemos razonar sobre lo que pensamos (incluso lo que dudamos), es porque estamos aquí. Solo alguien que existe puede reflexionar sobre su propia existencia: no podemos defender que vivimos en un mundo lleno de engaños, en el que la naturaleza nos ha esclavizado y nuestra razón no tiene valor, porque el engañado no puede saber si está engañado o no, salvo que él mismo haya anulado esa capacidad de manera voluntaria. Si duda de lo que está ocurriendo es porque algo está ocurriendo.

Esa duda es el regalo que recibe nuestra razón para seguir investigando.

El universo obedece a leyes racionales, pero muchos dicen que no tiene una *razón* para su existencia o para desenvolverse como lo hace: simplemente es así y punto. Todos admiten que está lleno de evidencias inteligentes, pero sin que haya nadie detrás de esas evidencias. De hecho, solo podemos verificar que las leyes permanecen inamovibles (usamos el método científico para investigarlas), pero no podemos explicar la razón por la que es así. ¡Muchos incluso defienden (usando el mismo método científico), que no existe ninguna razón!

Si no tenemos una razón objetiva, no podemos profundizar en la ciencia, porque corremos el riesgo de ser engañados permanentemente: necesitamos leyes lógicas y razonamientos válidos; ellos son el sustento de las teorías de todas las ciencias. ¿Cómo surgieron esas leyes? ¿Alguien las creó? El propio método científico nos muestra que cualquier tipo de proceso no puede llegar a la perfección si no es guiado por algo o alguien. Sin ese *Alguien*, no existe una garantía de que lo que observamos sea válido, y mucho menos que las conclusiones a las que llegamos puedan ser correctas: tiene que existir una realidad absolutamente objetiva y ajena a nosotros, que no dependa de lo que nosotros somos, hacemos o investigamos. Tiene que existir un referente externo, un fundamento mediante el cual podamos seguir adelante en nuestra investigación, porque ese sería el garante de las ideas. Dios dejó esa información escrita en las leyes que sostienen el universo¹³. La energía que dio a luz a lo material, el sustento de todas las leyes, seguirá siempre ahí, ocurra lo que ocurra con lo creado.

Si nos asusta adentrarnos en una investigación que bordee lo espiritual porque creemos que no tenemos el valor suficiente para enfrentarnos a ella, ¿por qué no partir de algo más sencillo y comprobar si históricamente existió Jesús y lo que hizo fue tal y como lo conocemos hoy? ¿Por qué no arriesgarse a conocer la verdad de los hechos, de sus palabras y de su impacto en millones de personas? ¿Por qué seguir manteniendo el *no sé si hay algo más allá*, o si se puede saber no me importa? ¿Tenemos miedo de adentrarnos en una investigación que puede cambiarnos la vida? ¡Puede ser! Pero tenemos que reconocer que en el fondo no nos sentimos bien si vivimos negando la posibilidad de ese *viaje*.

13 La Biblia dice: *La hierba se seca y la flor se marchita, pero la palabra de nuestro Dios permanece para siempre* (Isaías 40:8). Como veremos más adelante, es esa Palabra la que creó el universo y sigue sosteniéndolo.

Más contenido audiovisual:

▶2



▶3



▶4

